

Libro: (1985) *Tratado de Pedagogía*, de I. Kant, Ed. Rosaristas, Bogotá (Traductor. Original en alemán), pp. 1-58

PREFACIO A LA SEGUNDA EDICION

KANT Y LA PEDAGOGÍA

Nuestra época, en cualquier dirección que se mire, con cualquier preñación con que se la vea, en virtud de objetivos cualesquiera que se propongan, está cargada hasta la saciedad de competencia, de maximización, de luchas por una productividad más eficiente, de información descomunicadora, de sugestiva socialización atomizante. Muchas son las páginas que con una u otra intensidad se han escrito, concretado, refutado y vuelto a plantear en relación con estos aspectos. Bien contra ellos, bien a favor suyo. El pensamiento filosófico de Kant se encuentra directamente intrincado en esta polémica. Y es a la luz suya como un proyecto pedagógico como el kantiano sigue teniendo todavía una validez con todas las pretensiones de norte, que puede alumbrarnos en la oscuridad que desea imponernos la irracionalidad, la racionalidad instrumentalizada o la racionalidad imperfecta. Es confrontándose de plano con todos los puntos más problemáticos de nuestro momento como el pensamiento pedagógico kantiano sigue significativo, de una manera muy especial, frente a todo discurso escéptico, pero también supinamente dogmático.

De este modo, planteamos directamente el problema. La nuestra es una época de disciplina - objetivamente impuesta por los procesos de trabajo, si se quiere-, y también de civilización - entendida como integración total del globo terráqueo, "tribalización" de los individuos y culturas-, y socialización agilizada por la técnica y la informática, especialmente. "Pero ésta no es aún una época de moralidad". Se plantea así el problema, pero al mismo tiempo la propedéutica kantiana. Dice Kant: "En el estado actual de las cosas, puede decirse que la felicidad de los Estados crece al mismo tiempo que la desgracia de los hombres. ¿Cómo puede hacerse felices a los hombres si no se les hace morales y sabios?". Es entonces cuando la importancia de una pedagogía crítica y práctica cobra toda la vigencia. Precisemos. En un momento en que el individuo se halla sometido por (las fuerzas de) el Estado, pero también por las políticas instrumentalizadas, la idea de una educación "práctica" se torna revolucionaria. Esta educación es aquella que apunta a la moralidad del hombre, más concretamente, a su autodeterminación racional y crítica. Ahora bien, si se plantea que la moral actúa únicamente como fuero interno, y que por tanto debe subsumirse a una forma que la "objetive", adecuadamente, como sería la política, es efectivamente porque los gobernantes "toman a los sujetos como herramientas para sus propios designios" (Kant). Que toda política concebida como *actual* es *conductista*, es cuestión que se evidencia tanto más en estas líneas de análisis y el hombre, por consiguiente, no vale, no es más que al interior de un *sistema* determinado (la economía, la política, el ejército, etc). Con ello el conflicto se extiende entonces también, contra el positivismo, el neopositivismo y el empirismo lógico, que sostiene que el hombre es. Pero realmente, sucede que el hombre se *hace*. La pretendida ignorancia de este hacerse del hombre es alimentada y sostenida por los Sistemas, que necesitan de *éste hombre*, en particular y por esto, *lo hacen*. Al interior de este movimiento que parece se cada vez más independiente de la propia voluntad de los individuos es que tiene sentido revisar la filosofía de la educación kantiana.

No se trata en absoluto de educar y formar a generaciones e individuos para convertirlos en mecanismo que accionen las maquinarias del poder y del Estado; de enajenarlos y rebajarlos a

condiciones subhumanas. Por el contrario, se trata de formar a los hombres como seres autónomos. La autonomía se define como la autodeterminación racional de los individuos, que es la moralidad, y que tiene como objetivo la realización del destino de la humanidad. Kant es muy enfático al decirlo: esta es una tarea imposible de realizar solamente para el individuo *qua* individuo. Solamente la humanidad puede cumplir este destino. Más aún, la educación debe tomar como punto de referencia a la humanidad como ideal, y el ideal, "no es otra cosa que la concepción de una perfección que no ha sido todavía encontrada en la experiencia". El sentido del hombre está dado, pues, no tanto por lo que ha sido, por lo que la historia y la cultura, la civilización toda ha hecho de él (Kant no polemiza con este aspecto, no le interesa), cuanto que por lo que debe ser. Así, el hombre es permanente protensión, pulsión, proyecto y se define a sí mismo, así como a todas y cada una de sus actividades desde la posibilidad. -Pero para Kant la posibilidad es posibilidad-real y la realidad, realidad-posible, como ha enseñado en su *Crítica de la Razón Pura*-.

Encontramos, de este modo, que Kant, que ha escrito su *Tratado de Pedagogía*, en 1803 -es decir, un año antes de su muerte, en 1804-, lo enlaza de múltiples maneras, tanto formalmente como en sus contenidos, con la mayoría de su obra, en especial de la época crítica y post-crítica: con su primera *Crítica* de 1781 y 1787, con su *Crítica de la Razón Práctica* -es de particular interés la relación de su *Tratado* de 1803 con su *Metodología* de su *Crítica* de 1788-, con su *Doctrina de la Virtud*, pero también, con su *Respuesta a la Pregunta: qué es la Ilustración* y con *La Religión dentro de los límites de la mera razón*, en particular. Esto quiere que su tratado pedagógico parte de los supuestos críticos epistemológicos, gnoseológicos y cosmológicos, para teniendo en cuenta sus propias definiciones psicológicas, desembocar en el problema de la moralidad en toda su extensión. La pedagogía, pues, no es un tema técnico de maestros o predicadores, sino particularmente de la Filosofía (Metafísica) y la Moral (Ética). Desde Sócrates no se encontraba en la historia de la filosofía esta relación tan estrechamente vinculada -vínculo consciente- entre las inmensas tareas teóricas y prácticas a realizar, como con Kant, ahora en palabras nuevas: es la relación Crítica y Mayéutica -y es de recordar que sus supuestos y consecuencias estrictamente filosóficos como políticos, en la historia (de la filosofía), no se dejan esperar-. Expongamos entonces los rasgos principales de la pedagogía kantiana, omitiendo en todo caso las particularizaciones, que las hay, para reoger sobre todo los aspectos centrales, que han sido ya de alguna manera señalados arriba.

Vinculado desde temprana edad a la docencia privada y pública, como instructor, Kant fue acumulando poco a poco una experiencia, principios y métodos en la educación, que, finalmente, lo definen también desde ésta área como un pensador de la Ilustración. En efecto, para sus lecciones, Kant toma como texto el libro de uno de sus colegas, Samuel Bock, pero, aunque polémica, también es bastante notoria en él la influencia del *Emilio* de Rousseau. Tampoco es de olvidar sus vínculos espirituales en algún momento con Swedenborg, a quien tiene como referencia ajena básicamente en su filosofía de la educación. Permanentemente, Kant está polemizando entre una cultura libre (Rousseau) y una cultura escolar (Escolástica), a pesar de que ya desde su Introducción al *Tratado* es enfático en la posición que adopta, y en los principios que señala.

Sin embargo, a parte de estas referencias estrictamente externas, ¿por qué la necesidad y la importancia de la Pedagogía? ¿Cómo se explica, al interior de su propio pensamiento, el carácter necesario y apodíctico de una reflexión sobre la educación? Kant cree en las causas finales, y como padre del Idealismo Alemán y pensador del Iluminismo, su tema central es el hombre o el ser humano. Pero esto se encuentra bastante lejos de una antropología filosófica. En Kant la filosofía realiza su propia autoconciencia en la metafísica y la metafísica se descubre a sí misma como esencialmente práctica. En él, "práctica" hace siempre referencia a la "moralidad". Y es desde esta concepción práctica-moral desde donde será posible, por ejemplo, la *Filosofía del Derecho* de Hegel y con ella toda la concepción marxista de la praxis y de la historia. Kant se pregunta, busca un ser humano. Con esto entiende él, ya desde su primera *Crítica* de 1781, un ser moral. Si hay algo que dé sentido a la vida es el actuar moral; si hay algo que haga necesaria la educación es la moralidad. En efecto, con ella la educación puede

pretender ser libre, y siéndolo, se disuelve en, podríamos decir, o comprende también a la filosofía misma. En la *Crítica de la Razón Pura* se hace ya claro que la ciencia no es ajena a la metafísica, o más sencillamente, que el hombre en cuanto ser percipiente y cognoscente de la naturaleza y de sus entornos se ve impelido en esa misma labor de conocimiento y determinación de "lo otro", que es en lo esencial la búsqueda de su fundamento en tanto que condiciones de posibilidad para, o también, una indagación por sus causas, se remonta gradualmente a aquello que se halla más allá de su experiencia inmediata, de lo estrictamente físico y descubre entonces, "el otro lado de la montaña". Pero en este andar es preciso proveerse ante todo de un método riguroso y necesario y esa es la Crítica. Desde entonces, la filosofía se descubre a sí misma como crítica y en tanto que tal se abre ante ella un espacio olvidado hace mucho tiempo y que la enfrenta necesariamente con las más queridas ilusiones, con los sueños más antojadizos, con los espejismos más atractivos, pero también con la ceguera más empecinada. Pero es que la moralidad auténtica exige una intención clara y ésta es el pensamiento. Por tanto, para ser moral es preciso aprender a pensar. Pero éste, que es el supuesto de la libertad y de la justicia es la tarea más difícil que se pueda afrontar, tanto más cuanto que no se *enseña* a pensar, sino que se *aprende*, lo cual implica un movimiento que va desde lo interior a lo externo. Es una labor que solamente puede llevar a cabo el individuo, pero que, cuando es real, acertada y rigurosa esa manera de pensar que se va descubriendo, esto es, cuando desde el pensar mismo se comprende el imperativo necesario de la autonomía y de la autodeterminación, se entiende que tiene sentido en tanto que cada quien se reconoce y se acepta como ser social, pero más que como ser social, como la especie. No se halla lejana esta afirmación de las ideas de Marx de que en tanto que el hombre es el individuo y la especie, es libre. El pensar es estrictamente "cosmopolita" y universal. Kant, como tampoco nadie, no puede decir, "piense de éste modo", no puede hacer una metodología de la reflexión, como tampoco una casuística. Apenas nos indica el *orientarse*. Por ejemplo, en *Cómo orientarse en el Pensamiento*, dice: orientarse es "encontrar a partir de una región celeste dada las demás regiones y sobre todo el *oriente*". Esto es, descubrir en el presente la posibilidad, pero sobre todo, es comprender que esa posibilidad da sentido al presente. El ser sólo tiene sentido *desde* la posibilidad.

Esto tiene consecuencias singularmente importantes y clarificadoras, desde Kant, para la historia de la filosofía y la historia en general. En múltiples ocasiones se le ha acusado de Idealista (a ultranza), de formalista, sobre todo en lo que hace referencia a su moralidad. En el viejo dilema de escoger entre una moral o ética del ser y una del deber, ésta segunda ha corrido la suerte, acusada unas veces por el escepticismo, otras por el estoicismo, también por el empirismo o los positivismo, de ser gratuitamente dejada de lado. Nosotros escogemos la ética del deber. Solamente ella evita una petición de principio, petición que vicia todo discurso sobre la practicidad del hombre y que, por tanto, la hace sospechosa. "El hombre no es por naturaleza bueno o malo. Puesto que él no es naturalmente un ser moral", dice Kant. Y al no ser un ser moral, no tiene sentido hablar de una ética del ser, o acaso también de una ética empirista y utilitarista. El hombre se hace ser moral, y en esa perspectiva se legitima una ética del deber como la de Kant. Sin embargo, para que ella sea una posibilidad real para el hombre debe ser posible que él desarrolle hasta el máximo la certeza y la seguridad para poder ser un ser de principios: "El hombre tiene necesidad de su propia razón", y tal es el fin de la educación. El tema de toda la Ilustración no se deja ver más claramente: es la relación entre progreso y libertad, en la cual los dos se implican mutuamente y pasan por el conocimiento y su certeza.

Esto nos presentan entonces, la afirmación "de la necesidad de la educación para el hombre y para el hombre solamente". La educación, que es a la vez física y práctica, comprende: el cuidado o manutención, la disciplina y la instrucción. Los cuidados nos colocan al mismo nivel que los animales en cuanto a la educación y es el supuesto de los padres de cuidar a sus hijos para impedir que hagan de sus fuerzas un uso perjudicial. Ella se concreta en alimentación, cuidados, etc. Por su parte, la disciplina es la que nos hace pasar del estado animal al estado de hombres. Ella constituye el aspecto puramente negativo de la educación. (Es, si se quiere, la educación del "No"). De otro lado, la instrucción es la parte positiva de la educación, y es junto con la disciplina, la puerta de acceso a la moralidad. No existe moralidad sin disciplina y sin

instrucción. Esto es, los principios tienen que estar acompañados con juicios claros y necesarios, así como de memoria, constancia y prudencia.

Es sabida ya la prevención que tenía Kant por todo lo que sonora a costumbre, a hábito. La costumbre es esa condición que nos ata a la pasividad y al servilismo, y que mata a todo pensar auténtico. La costumbre es esa facultad que nos parcializa y nos hace "hombres unidimensionales". Por el contrario, Kant aspira al desarrollo de todas las disposiciones naturales del ser humano, al ser humano como totalidad. Ahora bien, cuando la educación lo desarrolla en ese sentido, ella se establece "como verdadera absolutamente". Ser es ser totalidad y pensar es pensar en todas las posibilidades -reales, de esa totalidad-. De este modo, la pedagogía que es la educación como arte, parte del siguiente principio: "La formación debe ser no desde el estado presente de la especie humana, sino de acuerdo a un estado mejor, posible en el futuro, es decir, de acuerdo a la idea de la humanidad y de su destino total". Toda pedagogía que olvide o ignore este principio corre el riesgo de convertirse en instrumento de intereses particulares que pretenden tomar a los individuos como unidades que se definen por una estrategia ajena a ellos, por unos principios que no son los suyos, por una historia que nos les pertenece. Una pedagogía tal es la que alimenta los obstáculos únicos que observa Kant hacia la efectuación de su Pedagogía Crítica y Moral. De un lado, es el obstáculo de los padres, o también de lo que él llama Pedagogía Doméstica, y que pretende que los hijos hagan bien su camino por el mundo. De otro lado, es el obstáculo de los gobernantes ("príncipes", los llama Kant), que consideran a los sujetos simplemente como instrumentos de sus propios designios. Es el discurso de todo operacionalismo que estrategiza las actitudes, y permite una libertad "estimulada" y una felicidad empírica a costa de la ignorancia, del sometimiento y de la automatización de los seres humanos. En efecto, es particularmente importante la educación concebida por Kant, y su relación con aquella *areté* que en especial Sócrates propugnara tan virilmente (léase autónomamente). Si la educación debe *disciplinar, cultivar* y hacer *prudentes* a los hombres, a fin de que sean efectivamente seres *civilizados*, por su parte, la *areté* también atravesaba como un faro la estética, la política y la filosofía, así como también la moral en el pensamiento griego. Así, la *areté* es a la vez la *machía* (o virilidad, reconociendo los peligros que éste término tiene ya y toda la carga lingüística y cultural que implica y que podría hacérselo entender equivocadamente como la antípoda de lo referente a lo femenino), la *excelencia* y la *virtud*. Si se piensan los tres términos de la educación kantiana con los componentes de la *actitud* socrática, dejando en suspenso la lectura judeo-cristiana, se puede hacer siquiera una analogía que nos muestra una raíz común: La moralidad es autodeterminación, la filosofía es actitud. El cuarto elemento de la educación que Kant plantea es, efectivamente, la *moralización* de los seres humanos.

Ahora bien, de qué manera debe articularse esta pedagogía, es cuestión que interesa a Kant exponer lo más detalladamente, tanto más cuanto que ella también puede estar contagiada por los males de la razón, como las ilusiones. No obstante, éstas y otras mucho más detalladas indicaciones no constituyen propiamente, como ya se ha dicho, el método exacto de su proyecto pedagógico, o mejor de su propedéutica, sino su orientación. Ante todo, el educador debe estar precavido contra todo razonamiento *a priori* propio o del estudiante, y para ello, debe someterlo a la experiencia para verificarlo o rechazarlo. En la pedagogía no se permite, con Kant, los *a priori*, y sí, por el contrario, la educación experimental. Es que todo tiene como fin el permitir la propia autodeterminación de los individuos, pero ella sólo se guía por principios. Si en su Crítica de la Razón Pura, Kant ha valorado tanto el *a priori*, ha sido principalmente para acceder a la trascendencia del sujeto, y al principio de razón suficiente, que nos libre de la mera causalidad empírica o de la causalidad ilusoria de los paralogismos, las anfibologías, las antinomias. Frente a la causalidad empírica, recordémoslo, Kant plantea la libertad como causalidad. Si en 1781 y en los años siguientes, Kant no aceptó cualquier determinismo, por sutilmente articulado que estuviera tampoco en 1803 habrá que hacerlo. Si algo es la razón, es Razón Pura Práctica, o facultad de los *principios*. No de los *a priori* -lo que por lo demás, allana bastante el camino respecto de los epígonos neokantianos como Mach, y otros.

El *a priori* pudiera ser medio para facilitar el aprendizaje o la instrucción, pero en realidad, para el filósofo de Königsberg, el mejor modo de comprender es el hacer. Esta, que es manifiestamente la idea de una burguesía ya triunfante, es completada con aquella afirmación posterior del Tratado, de la importancia pedagógica, de la comprensión del saber y el hacer. Si apenas en la víspera de la modernidad, Bacon ya había enunciado que el saber es perder, ahora, en los fines de esa modernidad -llamada ahora arbitrariamente contemporaneidad-, el saber es poder, y lo seguirá siendo, mientras que el poder es hacer. De este modo, la educación se compone para Kant de: 1) la cultura *escolástica* y *mecánica* que se refiere a la *habilidad*. Ella es didáctica, es la obra del profesor, y se centra precisamente en aquél hacer. La habilidad apunta a hacer las cosas de la mejor manera posible. 2) La cultura *pragmática* que se relaciona con la prudencia. La pragmática social, pues, que debe ser prudente, es aquella sociabilidad política. Sin habilidad, no puede haber prudencia, por eso la primera es la cultura cronológicamente más importante. 3) La cultura *moral*, que se refiere a la moralidad.

La cultura escolástica le da valor al hombre como individuo. La cultura pragmática como ser social, en la vida. La cultura moral, como especie. Esto tiene una implicación singularmente importante para la comprensión toda del pensamiento de Kant. Para él, no es la razón la que marca la diferencia en la naturaleza entre el hombre y el animal. O por lo menos no es esa razón cognoscitiva y accidental aristotélica. Bien por el contrario, la distinción entre la humanidad y la animalidad está marcada absolutamente con la *moralidad*. O para decirlo en términos rigurosamente kantianos, es la Razón como la facultad de los principios; ésta razón que es esencialmente Razón Pura Práctica, moralidad. En los animales puede apreciarse relativamente una cultura escolástica y mecánica; también una cultura pragmática, que obedece a patrones básicamente biológicos, e integra a los individuos en sociedades o grupos con fines específicos de supervivencia. Pero únicamente en los hombres aparece una cultura moral una cultura que exige a cada individuo ver en sí mismo y en el Otro a la especie entera. De este modo, el problema "técnico" principal de toda la educación, a saber, el de cómo conciliar la sumisión con la libertad, se resuelve con el principio universal de la moral Kantiana, formulado ya antes en su *Cimentación de la metafísica de las costumbres* y desarrollado en su segunda Crítica de 1788: "Actúa de acuerdo a aquella máxima que quieras que se convierta en ley universal". Así pues, toda pedagogía crítica y abierta no deberá formar solamente hombres hábiles, con conocimientos vacíos, con convicciones maltrechas con un mal encubierta inocencia, sino seres responsables y que se estimen absolutamente y no de acuerdo con los otros. "Cuando el hombre estima su valor con respecto a los demás, él busca o bien elevarse por sobre ellos, o bien hacerlos inferiores". "El hombre se censura fijando su mirada en la idea de la humanidad".

Pero volvamos al punto aparentemente más controvertido, puerta de la moralidad, a la disciplina. Kant no deja de subrayar una y otra vez la necesidad de la disciplina, como única manera de salir de la pasividad y la animalidad. De hecho, Kant no está en contra de que los niños trabajen, ya que el hombre "es el único animal consagrado al trabajo". La sumisión del alumno es doble: a) *positiva* en cuanto que debe hacer lo que le es prescrito, ya que no puede juzgar por sí mismo, y que aún se encuentra en él la facultad de la imitación; b) *negativa* en tanto que debe hacer lo que desean los demás, si él desea a su vez que éstos hagan algo para complacerlo. Respecto del estudio, la disciplina debe ser estricta y con mucho esfuerzo. Es de recordar lo que al respecto decía Mme. de Staël: "La educación que se hace como juego dispersa el pensamiento". Repitémoslo, pensar no es idear; pensar es comprender sintéticamente la totalidad y es pensar *para* la autonomía; la libertad, la autodeterminación. Y tanto por los diversos factores sociales externos, como por la propia teleología de la razón, no es fácil. De aquí que el rasgo principal del carácter de una persona, para Kant sea la habilidad que es la disciplina con fines. Y "el *carácter* es la costumbre de actuar según máximas". Esta es la única costumbre que acepta Kant. La moralidad es la costumbre de actuar por principios, esto es, por deber. Era también el principio de acción de Tolstoi de la última época, aquel de *Resurrección*, por ejemplo: ser como se debe. ¿Cómo? Por el sentimiento de respeto que despierta en nosotros la ley moral; y que es respeto sólo hacia los demás. Pero para alcanzar una tal disciplina es necesaria una determinada paciencia. No aquella paciencia monástica o estoica,

sino aquella que, siendo doble consiste o bien en renunciar a toda esperanza, o bien a emprender un nuevo coraje. Pero ambas, disciplina y paciencia no constituyen la moralidad, puesto que ésta se funda exclusivamente sobre máximas, no sobre disciplina. La cultura moral forma nuestra manera de pensar, en tanto que la disciplina corrige apenas los defectos.

Toda filosofía que se define desde la posibilidad esconde un ánimo perfeccionista. Es en términos racionales, la comprobación del ideal como idea-límite. El pasado se explica desde el presente y el presente tiene sentido desde el futuro. Es el futuro quien anticipa el pasado, en la marcha nuestra de su completa superación. El presente, por su parte, es el momento de la permanente decisión, de aquella que en tanto que se decide, se actúa. Pero ambas, acto y decisión, supone y exige de un momento mayor que los cobije, anterior, que es el pensar y éste es por excelencia un pensar filosófico (metafísico) con todos los supuestos éticos y prácticos. Y la ciencia también se encuentra implicada en este movimiento. En efecto, no es desde sus propios principios, objetos o métodos, desde donde la ciencia deba ser exacta; tampoco desde la naturaleza, así como tampoco del sujeto. "Una ciencia superficial es una falta de sinceridad; de sinceridad contra el otro y contra sí mismo". Y es que "el acuerdo consigo mismo es una forma de respeto por sí mismo", y que pasa por la claridad conceptual. Esto implica que "no se puede formar con dudas". Una pedagogía que se defina de acuerdo a estas formas es optimista y se supera, se realiza desde su interior a sí misma. La certeza, la exactitud y la seguridad, son también, entonces, elementos constitutivos de la verdad. Es por esto por lo que la verdad, dice Kant, es el rasgo principal y el atributo esencial del carácter de una persona. Quien se comporta de esta manera, reconoce pues en el otro, como en el mismo, la confianza que despiertan sus actos, en primer lugar y por sobre todo, y luego, sus palabras. Cuando la obediencia proviene de la confianza, tal obediencia es voluntaria. Pero todo esto encuentra como fundamento, como piso, la adecuada y recta racionalidad del hombre, racionalidad que se define moralmente frente al otro, responsablemente respecto de sí misma. Es por esto por lo que es resueltamente enfático y drástico Kant hacia la mentira. La mentira merece el desprecio, y la pérdida de estima es el único castigo que le conviene. Es que ella supone ya la facultad de juzgar y de comunicar esa idea, y es por eso mismo tan censurable. El error es tema del conocimiento: la mentira, de la moral. Esta es, anticipada, también la idea que desarrollará posteriormente Sartre es *El ser y la nada*, la mala fe. Y la mala fe no es ya tema solamente de una epistemología o de gnoseología; es ante todo objeto de juicios ético, prácticos. La felicidad o la desgracia se establece también en el *Tratado de Pedagogía*, depende de cada uno de nosotros, no de la naturaleza, del acaso, o de Dios. Y deben ser consideradas en toda filosofía de la educación, necesariamente, como la *consecuencia* del proyecto pedagógico mismo. Ya no basta con reconocer que las cosas hay que hacerlas con gusto, o no hacerlas. Ya no basta con decir que se actúa en función de la felicidad o de otra idea; estas actitudes desvirtúan la practicidad del hombre, y también sus supuestos morales. Ellas en realidad son ignorancia. Que el hombre actúe mal en un momento dado, es para la moral y pedagogía kantianas, signo de ignorancia. Nadie actúa mal voluntariamente, dice Kant y con ello se encuentra aún en los senderos marcado antes por Sócrates. Pero tampoco nadie puede dejar de actuar bien involuntariamente. Todo en la educación, pues, depende de que se establezcan principios, sin embargo, cuáles principios, es una pregunta viciada de antemano. Hoy, por la técnica y la misma productividad del trabajo, el hombre se ha convertido en un medio, un instrumento, y es por esto por lo que tiende a ver todo como *método*. Método susceptible de ser *aplicado* aquí y allá. El método así, sin contenido propio es otra manera de enseñar a olvidar a *pensar*. Nuestra época esta plena de ejemplos de esto. Por ello, en ocasiones, un pensamiento como en kantiano siempre se enfrenta con ese otro aspecto: "¿Cuáles principios?", "¿Cuáles máximas?". Pero esa es la labor misma de la filosofía no de cualquier otra ciencia. Solamente se puede decir qué principios, elaborándolos, y eso es hacer ya filosofía y metafísica. (Demostrar los principios ha sido generalmente la labor de los discípulos y epígonos de la filosofía. Construir principios ha sido la labora del filósofo).

Sin embargo, finalmente, queda una observación esencial en cuanto a la pedagogía de Kant y sus posibilidades. "Los niños deben también ser cándidos y sus miradas tan serenas como el sol. Un corazón contento es el único capaz de encontrar placer en el bien". Es evidente en

general, en varias partes de su obra filosófica, que se trata para el hombre salir de su "autoculpable minoridad", esto es, de servirse de su propio entendimiento y actuar con decisión y coraje. Eso es dejar de ser menor y convertirse en adulto, hombre responsable. Pero de la cita antes mencionada, también recupera Kant un elemento esencial para el hombre. Y es precisamente esa *sensibilidad*. Solamente una recta razón acompañada de una sensibilidad igual como ésta, puede conducir a la humanidad a efectuar sus designios desde ella misma, responsablemente. La labor no debe ser alegre pero debe producir alegría.

Tal vez nos encontramos en vías de resolución de las tareas planteadas por la Ilustración. Quizás no hemos salido de ese Iluminismo, del cual Kant es una de la figura cimeras. Y tal vez, también, el pensamiento de Kant tenga aún un sentido teórico y práctico, revolucionario para nosotros, en alguna ocasión decía Gilson, que el título de *perennis* para la filosofía no era ningún atributo, sino su ser mismo. Es que ella, la filosofía entierra a sus propios enterradores. Quizás las ideas de la pedagogía kantiana no sean todas aplicables en una sociedad determinada, pero si pueden serlo para toda la humanidad. No las únicas, pero éste es un aspecto que, desconocido del filósofo de Königsberg, sigue presentando propuestas y tareas que son necesarias en todo caso de considerar.

CARLOS EDUARDO MALDONADO

TRATADO DE PEDAGOGÍA

IMMANUEL KANT
Ediciones Rosaristas 1985

COLEGIO MAYOR DE NUESTRA SEÑORA DEL ROSARIO

Rector: Alvaro Tafur Galvis
Decano Facultad de Filosofía: Jorge Aurelio Díaz A.

Título original: Uber Pedagogik
Primera Edición en Alemán: 1803
Traducción directa del alemán y comparada con la versión francesa
Bogotá, 1985

Traducción de Carlos Eduardo Maldonado

INDICE

Prólogo	i
Introducción	1
Acerca de la Pedagogía	13
De la Educación Física	17
De la Educación Práctica	45

NOTA DEL TRADUCTOR

La presente traducción ha sido elaborada de acuerdo con la primera edición en alemán, editada por el doctor Friedrich Theodor Rink en 1803. Así mismo, se ha tenido en cuenta y se ha cotejado la traducción francesa de Jules Barni, editada en 1931.

Quiero expresar mis agradecimientos a la doctora María Isabel Casas de Cano, quien fuera decano de la Facultad de Filosofía de esta Universidad, en el momento en que esta traducción fuera iniciada, y que hoy tiene el lector de habla hispana en sus manos. De la misma manera, vayan mis reconocimientos a la doctora Paulina Piedrahita por sus observaciones referentes a la forma española del texto.

Carlos Eduardo Maldonado

PROLOGO

*La enorme complejidad de las **Críticas** kantianas, la dificultad de su interpretación y la decisiva importancia de los problemas elaborados en ellas, para el desarrollo del pensamiento filosófico ha hecho que muchos de los otros escritos de Kant sean relegados a un lugar secundarios, y que, hasta el momento, el estudio sistemático de los mismo, haya ocupado solamente a unos pocos especialistas.*

El renovado interés por las tesis de la ilustración y por sus implicaciones en orden social y cultural ha determinado un cambio significativo en la apreciación de esta obras menores.

Tanto desde la perspectiva de la filosofía social, como en ámbito de otras disciplinas aledañas a la filosofía, es posible identificar una tendencia a considerar este movimiento como el punto de partida obligado para la comprensión de los fenómenos sociales y culturales posteriores.

Mas alla de la exégesis histórica, el análisis contemporáneo de este empresa cultural intenta reconstruir aquellos aspectos de la Ilustración que, bajo diversas formas, perviven en el pensamiento actual, permeando no sólo algunas de nuestras concepciones teóricas, sino muchas de la prácticas, institucionales en las que nos movemos.

*En lo referente a la obra de Kant, esta línea de investigación ha suscitado una revaluación de aquellas publicaciones que destacan su filiación con esta corriente, enfatizando interesantes aspectos de su pensamiento, que no habían sido objeto de una atención especial. El **Tratado de Pedagogía**, publicado por primera vez en 1803, un año antes de la muerte de su autor, debe, a mi modo de ver, insertarse en este contexto si se desea comprenderlo en su verdadera dimensión. Como obra tardía que es, recoge muchos de los temas elaborados sistemáticamente en los escritos anteriores, especialmente en la **Crítica de la Razón Práctica** y en la **Metafísica de la Costumbres**. Esto se hace evidente en la estrecha relación establecida entre pedagogía y ética; sin embargo, la concepción específica de la educación, o mejor diríamos, de la formación, remite al ámbito más amplio del ideal ilustrado de humanidad.*

Por esta razón, las reflexiones kantianas sobre la pedagogía deben entenderse como parte del conjunto de respuestas a la pregunta que orienta, en palabras de este pensador, la totalidad de su esfuerzo intelectual: ¿Qué es el hombre?

En este sentido el texto lleva casi inevitablemente, a pensar en la "paideia" griega; se trata, como ella, de una propuesta que, respecto de la elaboración de sus bases conceptuales y de su alcance, desborda por mucho el marco convencional del tratamiento prevalente del problema en cuestión.

*En esto radica, quizás su mayor interés. Independientemente de los elementos que atan a la reflexión a una forma particular de enseñanza de la época, y al debate de las posiciones que entorno a ella se suscitaba la formulación misma del tema incita a una discusión que no ha perdido vigencia. Al mostrar en qué forma la pregunta por la educación remite al análisis de una serie de presupuestos teóricos más fundamentales y, en general, a una concepción integral de la sociedad y de sus fines, indica Kant el lugar que a la reflexión filosófica corresponde en la aclaración de la misma. Por otra parte, refleja el texto el compromiso del autor con las preocupaciones culturales prevalentes en su momento histórico, señalando la tarea orientadora, que a este respecto incumbe al intelectual. Para el lector de habla hispana el acceso a los recursos bibliográficos constituye uno de los obstáculos en el desenvolvimiento del trabajo académico y en su participación en la vida cultural. Por este motivo, la tarea del traductor adquiere, en nuestro medio, un carácter de especial urgencia y un valor imponderable. La traducción realizada por Carlos Eduardo Maldonado, junto con la de **Respuestas a la Pregunta: ¿Qué es la Ilustración?**, recientemente publicada por Rubén Jaramillo Vélez, representan una contribución representativa al estudio de los temas brevemente esbozados al comienzo de este prólogo, que nos permite abordar aspectos inéditos de la producción kantiana y problemas culturales de indudable interés.*

Magdalena Holguín

INTRODUCCIÓN

El hombre es la única criatura que requiere educación. Entendemos por educación los cuidados, (asistencia, manutención), la disciplina y la instrucción juntamente con la cultura. De acuerdo a ellos es el hombre niño, -Colegial-, y aprendiz.

Tan pronto como los animales experimentan sus fuerzas, las emplean regularmente de tal manera que no les sean perjudiciales. Es admirable, en efecto, ver cómo los pichones de las golondrinas, recién salidos de los huevos y ciegos todavía ya saben arreglárselas para que sus excrementos caigan fuera del nido. Los animales, pues, no necesitan de cuidados, ni de mucho alimento, ni de calor, ni de órdenes, ni de protección, ciertamente requiere alimento, pero no

cuidados. Se entiende por cuidados las precauciones de los padres con el fin de que los hijos no hagan un uso perjudicial de sus fuerzas, por ejemplo si un animal gritara como lo hacen los niños, sería presa de los lobos o de otros animales feroces atraídos por sus gritos.

La disciplina convierte el estado de animalidad en el de humanidad. Un animal es todo lo que es por sus instintos, una razón ajena ya se ha ocupado de sus necesidades en cambio el hombre necesita de su propia razón, sin instintos debe elaborar por sí mismo los planes de su comportamiento. Pero, puesto que él no es capaz de hacerlo inmediatamente ya que llega al mundo toscamente, otros deben hacerlo por él.

La especie humana debe extraer poco a poco, y por sí misma y con su propio esfuerzo, todas las cualidades naturales de la humanidad. Una generación educa a otra se puede buscar el punto de partida y en un estado salvaje, ya en un más desarrollado y perfecto, ahora bien, si se acepta como punto de partida de este último, hay que reconocer que el hombre regresa al estado salvaje y al barbarie.

La disciplina impide que el hombre se desvíe de su destino, que es la humanidad, por sus impulsos naturales. La disciplina debe evitar, por ejemplo, que el hombre se entregue salvaje e imprudentemente al peligro. La disciplina constituye, pues, la parte puramente negativa, ya que evita el salvajismo; la instrucción, por el contrario es la parte positiva de la educación.

El salvajismo es el obra con independencia de las leyes. La disciplina somete a los hombre a las leyes de la humanidad y los inicia en el acatamiento de las mismas. Pero esto debe suceder en una edad temprana. Así, por ejemplo, se envía a los niños al colegio no tanto para que allí aprendan algo, sino para que pueda acostumbrarse a permanecer sentados tranquilamente y a obedecer con prontitud lo que se les ordena, a fin de que en el futuro puedan poner en práctica todas las ideas que demande un momento dado.

Mas el hombre tiene por naturaleza una inclinación tan grande hacia la libertad, que cuando se ha acostumbrado, por mucho tiempo a ella, le sacrifica todo. Precisamente por esto debe hacerse uso pronto de la disciplina, como ya he dicho, pues de lo contrario, es muy difícil cambiar a los hombres de rumbo y entonces serán presa de todos sus caprichos. Esto se aprecia también en las naciones salvajes, las que, apesar de haber servido durante un largo tiempo a los europeos, no se han acostumbrado a su modo de vida. No se trata como Rousseau y otros piensan de una muy noble inclinación por la libertad, sino de una cierta rusticidad, en la que la animalidad no se ha desarrollado todavía en humanidad. De aquí, pues, que el hombre se deba acostumbrar desde muy joven, a someterse a los preceptos de la razón. Cuando en la juventud se le permite hacer su voluntad y no se le contraría en nada, conserva un cierto salvajismo el resto de la vida. Tampoco ayuda la demasiada ternura maternal, pues después encontrará obstáculos mayores, que lo harán fracasar constantemente, tan pronto como se aventure en los asuntos del mundo.

Es un error común en la educación de las clases dirigentes *, no oponerles una verdadera resistencia en la juventud, con el argumento de que están destinados a mandar posteriormente. El hombre, en razón de su inclinación a la libertad necesita civilizarse al animal, por el contrario, no le hace falta en virtud de sus instintos.

*der grosse.

El hombre tiene necesidad de cuidados y de cultura. La cultura comprende la disciplina y la instrucción. Hasta donde se sabe ningún animal necesita instrucción, pues no aprenden nada de sus mayores, con excepción de los pájaros que sí aprenden su canto. Los pájaros son instruidos por los mayores, y es enternecedor ver, como en una escuela, a los más viejos

cantándoles a los mas jóvenes con todas sus fuerzas, y a éstos esforzarse por extraer los mismos trinos de sus pequeñas gargantas. A fin de convencerse de que las aves no cantan por instinto, sino por aprendizaje, vale la pena hacer la prueba y quitarle la mitad de los huevos a un canario para reemplazarlos por huevos de gorrión, o también cambiar canarios pequeños por pichones de gorrión. Se aíslan en una habitación en donde los gorriones no pueden escuchar sonidos externos, y aprenderán el canto de los canarios; se obtendrán, así gorriones cantadores. Es igualmente admirable el hecho de que cada especie de aves conserve un cierto canto característico a través de todas las generaciones, la tradición del canto es, en verdad la más fiel en mundo.

El hombre llega a ser hombre exclusivamente por la educación, es lo que la educación hace de él. Por otra parte el hombre es educado por otros hombres que a su vez han recibido educación. De ahí que la falta de disciplina y de instrucción de algunos los convierte en malos maestros para sus alumnos. Si un ser de especie superior se encargara de nuestra educación se vería entonces lo que serían los hombres. Pero como la educación, en parte enseña algo a los hombres, y en parte, se desarrolla en el hombre mismo, no se puede saber hasta dónde llegan en ellos sus disposiciones naturales. Si por lo menos se hiciera un experimento con el apoyo de los poderosos *, reuniendo muchos esfuerzos tendríamos una luz sobre cuán lejos puede ir el hombre por este camino. También es una importante observación para un espíritu especulativo, aunque triste para un amigo de los hombre, el notar que la mayoría de los poderosos se preocupan por sí mismo y en modo alguno toman parte en experimentos importantes en la educación, a fin de que la naturaleza avance hacia la perfección.

* Der Grosse

No hay nadie que, habiendo sufrido de abandono en su juventud y sin poder, por lo tanto, comprenderse a sí mismo en la edad madura, sea disciplinado o culto (pues así puede llamarse la instrucción).

Quien no ha sido civilizado es tosco; quien ha sido disciplinado es salvaje, la falta de disciplina es un mal pero que la falta de cultura, pues esta se puede reparar pero el salvajismo no puede ser eliminado, ni un error en la disciplina puede ser jamás remediado. Quizás la educación llegue a hacer cada vez mejor y cada generación progrese hacia el perfeccionamiento de la humanidad, pues en la educación se encuentra el gran secreto de la perfección de la naturaleza humana. Desde ahora se puede avanzar en esta dirección, pues se comienza a discurrir correctamente y a comprender de un modo claro qué se entiende por una buena educación. Es cautivante pensar que la naturaleza humana puede llegar a desarrollarse cada vez más mediante la educación y que a ésta se le puede dar la forma por la cual la humanidad puede ser medida. Esto nos descubre la perspectiva de la felicidad futura de la especie humana.

El esbozo de una teoría de la educación es un noble ideal, y en nada nos perjudica aunque no estemos en capacidad de realizarlo todavía, pues no se debe tomar por quimérica una idea y despreciarla como un hermoso sueño porque se presente obstáculos en su realización.

Una idea no es otra cosa que la concepción de una perfección que no ha sido todavía encontrada en la realidad*. ¿La idea de una república perfecta gobernada según las reglas de la justicia!, por ejemplo, es por esto imposible? Sólo que nuestra idea debe ser ante todo correcta, y luego no será imposible vencer las dificultades que se presenten en el camino hacia su realización. Si, por ejemplo, todo el mundo mintiera, ¿sería por eso una pura fantasía un discurso sobre la verdad? La idea de una educación que desarrolle en el hombre todas sus disposiciones naturales es verdadera absolutamente.

* Erfahrung

Con la educación actual, el hombre no alcanza en modo alguno el fin de su existencia; pues, ¡cuán diversamente viven los hombres! Solamente pueden darse una uniformidad entre ellos en tanto que actúen bajo los mismos principios y que estos principios se conviertan para ellos en una segunda naturaleza. Nosotros podemos trabajar en el plan de una educación conforme con los fines que nos propongamos, y dar instrucciones a la posteridad para que ella pueda realizarlas poco a poco. Véanse, por ejemplo, todas tienen el mismo color; por el contrario, cuando se reproducen por semilla, se obtienen colores bien diferentes y variados. La naturaleza ha puesto, pues, el germen en ellas, y sólo basta con plantarlas y cultivarlas para que se puedan desarrollar. ¡Lo mismo pasa con el hombre!

Existen muchos gérmenes en la humanidad, y nos corresponde a nosotros desarrollar en la debida proporción nuestras disposiciones naturales y ayudar a los demás hombres a desarrollar sus propios gérmenes, a fin de que el hombre alcance su destino. Los animales cumplen el suyo sin saberlo. El hombre primero debe desarrollar el suyo, lo que no puede lograr sin tener antes una idea de su propio destino. En el individuo, la realización del destino es totalmente imposible. Si aceptamos una primera pareja realmente formada, falta ver cómo ha educado a sus alumnos. Los primeros padres les dan a sus hijos un ejemplo; éstos lo imitan y se desarrollan así algunas disposiciones naturales. Más todos no pueden ser formados de este modo, pues la mayor parte del tiempo, los ejemplos se dan apenas ocasionalmente a los niños. Anteriormente los hombres no tenían la idea de la perfección que la naturaleza humana podría alcanzar. Nosotros mismos no la tenemos en toda su pureza. Pero es igualmente cierto que, aún con todo el reconocimiento de sus discípulos, ningún individuo humano puede alcanzar sólo su destino. No son los individuos, sino la especie humana la que puede lograr este fin.

La educación es un arte cuya aplicación debe ser perfeccionada por muchas generaciones. Cada generación, prevista de los conocimientos de las anterior, puede dar una educación que desarrolle cada vez más las disposiciones naturales de los hombres de un modo equilibrado y conforme a sus fines, y, de este modo, conducir a toda la especie humana a su destino. -La Providencia ha querido que el hombre tenga que extraer el bien de sí mismo, y le dice de alguna manera: "Entra en el mundo. Te he dotado con todo tipo de disposiciones para el bien. Te corresponde a tí desarrollarlas; tu propia felicidad o desgracia dependen de tí mismo". Así podría hablar el Creador a los hombres.

En primer lugar, el hombre debe desarrollar sus disposiciones para el bien; la Providencia no las ha puesto en él ya formadas; son simples disposiciones y sin la diferencia que marca la moralidad. Mejorarse a sí mismo, y, si se es malo, desarrollar en sí la moralidad: este es el deber del hombre. Cuando se reflexiona con madurez, se ve cuán difícil es esto. De aquí, pues, que la educación sea el problema más grande y el más difícil que pueda proponérsele al hombre. La inteligencia depende de la educación, así como la educación depende de la de la inteligencia. La educación sólo puede avanzar, paso a paso, en la medida en que una generación transmita sus experiencias y conocimientos a la siguiente y ésta a su vez, los suyos, a la que sigue; de este modo puede surgir una idea correcta de la educación. ¿Qué cultura y qué experiencia no supone esta idea? Por eso, la idea de una recta educación tenía que aparecer tardíamente, y nosotros no la poseemos aún en toda su pureza. Por lo tanto, ¿debe la educación en el individuo imitar la cultura que la humanidad en general recibe de las generaciones anteriores?

Se pueden considerar como los dos descubrimientos más difíciles para la humanidad: el del arte de gobernar a los hombres, y el del arte de educarlos; todavía hoy se discute acerca de estas ideas.

Ahora bien, ¿por dónde comenzaremos el desarrollo de las disposiciones del hombre? ¿Debemos iniciarlo a partir de la barbarie o de un estado culto? Es difícil imaginar un desarrollo que comience en la barbarie (tanto como lo es la idea del primer hombre), y vemos que, siempre

que se ha partido de la idea de un desarrollo desde el estado salvaje, se ha vuelto a caer en el salvajismo, para nuevamente volver a salir de él. También en los pueblos más civilizados hallamos aquella barbarie, de acuerdo con el testimonio escrito de los más antiguos documentos que nos han sido legados, -¿cuántas culturas no pertenecen ya a la historia escrita? Así, pues, desde el punto de vista de la civilización, podría determinarse el comienzo de la escritura como el comienzo del mundo-, una rígida delimitación del estado salvaje.

Puesto que el desarrollo de las disposiciones naturales en los hombres no se da por sí mismo, toda educación es un arte. La naturaleza no ha puesto en nosotros ningún instinto hacia ella. El origen, así como el desarrollo de este arte, o es **mecánico**, sin plan, sometido a las circunstancias dadas, o es **razonado**. El arte de la educación surge mecánicamente sólo en las ocasiones en las que experimentamos que algo es perjudicial o útil al hombre. Todo arte educativo de origen mecánico contiene demasiados errores y carencias, debido a que no tiene ningún plan como base. Por consiguiente, el arte de la educación o pedagogía debe ser racional a fin de que la naturaleza humana pueda desarrollarse y alcanzar su destino. Los padres, que han recibido ya una educación, son ejemplos a partir de los cuales los hijos se forman. Pero para hacer a éstos mejores, es necesario que la pedagogía sea un estado, pues, de lo contrario, no se puede esperar nada de ella, y la educación se convierte en obra de hombres de pésima formación. En educación, el mecanismo debe transformarse en ciencia, pues, de lo contrario, no constituiría jamás un esfuerzo continuo, y permitiría por tanto que una generación pudiera muy bien echar abajo lo que otra hubiera construido.

Un principio de pedagogía que debería considerarse siempre presente, es especial por quienes elaboran planes de educación, es el de que no se debe educar a los niños a partir del estado presente de la especie humana, sino a partir de un posible mejor estado presente de la especie humana, sino a partir de un posible mejor estado del futuro; es decir, a partir de la idea de la humanidad y de su destino. Este principio es de gran importancia. Los padres, por lo general, educan a sus hijos de modo que se avengan bien al mundo actual, así se encuentre tan corrompido como sea. Empero, ellos deberían educarlos mejor, con el fin de que un estado más perfecto pueda surgir en el futuro. No obstante, se presentan aquí dos obstáculos:

Primero, los padres, que se preocupan generalmente sólo de una cosa, y es que sus hijos triunfen en el mundo, y, segundo, los príncipes, que consideran a sus súbditos apenas como instrumentos para sus propósitos.

Los padres se preocupan de la casa; los príncipes, del estado. Ni los unos ni los otros tienen como fin último un mundo mejor, ni la perfección a la que la humanidad está destinada y en la que tiene su fundamento. Las bases de un plan de educación deben ser trazadas con un carácter cosmopolita. Sin embargo, ¿es el bien general una idea perjudicial para nuestro bien particular? ¡En absoluto! Pues aún cuando aparentemente implica sacrificio, es posible, no obstante, que sea también lo mejor para el estado presente. Y entonces, ¡cuántas consecuencias nobles lo acompañan! Una buena educación es precisamente la fuente de donde emana todo bien en el mundo. Los gérmenes que están en el hombre deben ser desarrollados siempre más y más, pues, en las disposiciones naturales del hombre no se encuentra el principio del mal. La única causa del mal es que la naturaleza no sea guiada por reglas. En los hombres sólo existe el germen del bien.

¿De dónde debe proceder, pues, el mejoramiento del estado del mundo? ¿De los príncipes o de los súbditos? ¿Es necesario que éstos se superen primero a sí mismos y se adelanten la mitad del camino a los buenos gobiernos? Si este mejoramiento debe fundarse en los príncipes, antes debe mejorarse la educación de ellos, pues durante mucho tiempo se ha cometido el grave error de no oponerles ninguna resistencia en su juventud. Porque un árbol que crece aislado en el campo, crece torcido y sus ramas se pierden, mientras que aquel que crece en medio del bosque, lo hace recto a causa de la resistencia que le oponen los demás árboles, y busca hacia arriba el aire y el sol. Igualmente sucede con los príncipes. En efecto, será lo mejor si son

educados a la vez por uno cualquiera de sus súbditos, y por uno de sus iguales. ¡Solamente podemos esperar que el bien surja desde arriba, si la educación allí es superior! Más vale, pues, contar con los esfuerzos de los particulares que con la acción de los príncipes, como **Basedow** y otros lo han creído; la experiencia enseña que los príncipes tienen en cuenta muchos menos el bien del mundo que el bienestar de sus estado, al cual convierten en fin. Si dan dinero para la educación, se reservan el derecho de elaborar los planes que les conviene. Y lo mismo ocurre con todo lo que concierne a la formación del espíritu humano y el desarrollo de los conocimientos del hombre. El poder y el dinero no crean nada; cuando más, facilitan algo. Ellos podrían hacer mucho si la economía del estado no dispusiera de todos los impuestos en beneficio propio. Tampoco las academias han hecho nada hasta ahora, y cuando hacen algo, hoy en día, es más por aparentar que por hacerlo verdaderamente.

Así pues, la dirección de las escuelas debería depender sólo del juicio de los entendidos más esclarecidos. Toda cultura comienza por los particulares, y desde ahí se extiende a otros. Solamente por el esfuerzo de personas con miras amplias que toman parte en el interés por el bien del mundo y que sean capaces de concebir un estado mejor como posible en el futuro, es factible una aproximación de la naturaleza humana a sus propios fines. Pero todavía hay algunos grandes que sólo ven a su pueblo como una parte del reino natural y no tienen en vista otra cosa que su ampliación. Cuando más, le proporcionan un cierto entrenamiento, pero sólo en la medida en que sus súbditos puedan ser instrumentos mejores para sus propósitos. Sin duda los particulares deben también tener ante sus ojos el fin de la naturaleza física, pero igualmente, y en particular, el desarrollo de la humanidad, y buscar que los hombre no sean solamente expertos en conocimientos, sino también más morales, y lo que es todavía más difícil, que logren que la posteridad vaya todavía más lejos de lo que ellos mismo han ido.

Así pues, la educación deben primero, **disciplinar** a los hombre. Disciplinarlos quiere decir impedir que el aparte animal se imponga sobre la humanidad, tanto en el individuo como en la sociedad. La disciplina consiste, por lo tanto, en la domesticación del salvajismo.

Segundo, **cultivar** a los hombres. La cultura comprende la instrucción y la enseñanza; ella desarrolla la habilidad, es decir, la posesión de una aptitud suficiente para todos los fines posibles. Por tanto, la cultura no determina ningún objetivo, sino que facilita las circunstancias para lograrlo.

Ciertas habilidades son siempre buenas, como por ejemplo, la lectura y la escritura; otras, sólo en función de algunos fines, como la música, que hace amar a quienes la posee. Las habilidades son en cierto modo infinitas, a causa de la multiplicidad de fines a los que se les pueden proponer.

Tercero, hacer **prudentes** a los hombres para que sepan vivir en sociedad, se hagan estimar y puedan influir sobre ella. Es aquí donde pertenece ese tipo particular de cultura que se llama **civilización**, y que exige ciertos tipos de refinamiento, cortesía y prudencia, de los cuales los hombres pueden servirse para sus propias finalidades. Así, hasta hace algunos años se disfrutaban las ceremonias en sociedad.

Cuarto, velar por la **moralización** de los hombres. El hombre no debe estar volcado sobre cualquier fin, sino, al contrario, debe tener también buenos sentimientos de modo que elija siempre los fines buenos, que son aprobados y aceptados necesariamente, y al mismo tiempo por todos y cada uno de los hombres.

Bien se puede adiestrar, amaestrar, instruir de un modo mecánico al hombre, o ilustrarlo verdaderamente. Se adiestra a los perros, a los caballos, y se puede también adiestrar a los hombres (Esta palabra proviene del inglés, **to dress**, vestir, vestirse. De aquí procede también camerino, el lugar donde el predicar cambia de ropa, y no la cámara o sala de consuelos)*.

* (Dieses Wort Krommt aus dem Englischen her, von **to dress**, kleiden. Daher auch Dresskammer, der Ort, wo die Prediger sich umkleiden, und nicht Trostkammer). Kant elabora aquí un juego de palabras que cabe solamente en alemán. En español, son totalmente diferentes las palabras "vestir" y "adiestrar". De aquí que sea más difícil en nuestro idioma apreciar el juego entre adiestrar a alguien, y, cambiar sus costumbres y hábitos bajo el pretexto o la argucia de algún consuelo (espiritual). Nota del Traductor.

No se trata aquí de justificar el adiestramiento, sino, sobre todo, de dirigirlo para enseñar a **pensar** a los niños. Es preciso tener en cuenta los principios de donde derivan todas las acciones humanas; se aprecia de inmediato, por lo tanto, cuántas exigencias hace una verdadera educación, y precisamente en la educación privada, esta cuarta condición, que es la más importante, es generalmente la menos puesta en práctica, pues se les da a los niños la instrucción esencial, dejándole a los predicadores la moralización. Sin embargo, ¡cuánta importancia tiene aprender desde niños a aborrecer el vicio, no solamente porque Dios lo ha prohibido, sino porque es despreciable por sí mismo! De otro modo podrían llegar a creer fácilmente que eso sería permitido de no haberlo Dios prohibido, y que El podría muy bien hacer una excepción. Dios es el ser santo por excelencia y solamente quiere lo que es bueno: El quiere que practiquemos la virtud por ella misma y no porque El lo exija.

Nosotros vivimos en una época de disciplina, de cultura y de civilización, pero no todavía de moralización. En la situación actual, se puede decir que la felicidad de los estados crece al mismo tiempo que la desgracia de los hombres. Y cabe preguntarnos, si seríamos más felices en un estado primitivo sin toda la cultura actual. En verdad, ¿cómo puede hacerse felices a los hombres si no se les hace morales y sabios? En ninguno de los casos la cantidad del mal ha sido reducida.

En primer lugar, hay que establecer escuelas experimentales antes de fundar escuelas normales. La educación y la instrucción no deben ser puramente mecánicas, sino descansar sobre principios. Pero tampoco deben ser un asunto exclusivamente de la razón, sino también, en cierto modo, de mecanismos. En Austria no hay más que escuelas normales establecidas de acuerdo con un plan, contra el cual se formularon con razón objeciones y al cual se le puede reprochar de no ser más que un mecanismo ciego. El resto de las escuelas debían regirse por estas normales, y se llegó hasta a rechazar a quienes no las hubieran frecuentado. Estas prescripciones muestran de qué manera el gobierno se preocupaba por aquellos otros aspectos, e igualmente, hasta dónde es difícil acertar en cuanto al bien.

Uno se imagina a veces que son innecesarios los experimentos en la educación y que sólo mediante juicios racionales pueden deducirse lo bueno y lo malo. Este es un error harto común, y la experiencia enseña que es preciso considerar también en nuestras investigaciones todos los efectos que se pueden seguir. Pero este es que, siendo necesaria la experiencia, ninguna generación de hombres puede elaborar un plan de educación completo. La única escuela experimental que de alguna manera ha comenzado a preparar el camino en este sentido ha sido el Instituto de Dessau. Es preciso hacer este reconocimiento a pesar de las numeradas equivocaciones y de los reproches que se le puedan hacer; siempre se cometen errores en toda exploración; sin embargo, su ejemplo no ha dejado de suscitar nuevas tentativas. Esta ha sido en cierto modo la única escuela en la que los maestros han tenido la libertad de trabajar según sus propios planes y métodos y en donde han podido mantener intercambio tanto con sus colegas, como con muchos grandes maestros de Alemania.

ACERCA DE LA PEDAGOGÍA

La educación comprende los **cuidados** y la **cultura**. Esta tiene dos aspectos: uno, **negativo**; es la disciplina, que previene los errores; otro, **positivo**: da la instrucción y dirección, y conforma, por lo tanto, la cultura. La **dirección** sirve de guía en la práctica de aquello que se ha de aprender. Aquí radica la diferencia entre el educador, que es simplemente un profesor, y el tutor o gobernante, que es un director. Aquél, educa únicamente para la escuela; éste, para la vida.

La primera época del colegial es aquella en que él debe mostrar sumisión y obediencia pasivas; la segunda, es en la que se le permite hacer uso de su capacidad de reflexión y de su libertad, guiado siempre por las leyes. En la primera, lo rige una fuerza mecánica; en la segunda, una fuerza moral.

La educación es **privada** u **oficial**. Esta última se relaciona sólo con la enseñanza*, la cual bien puede seguir siendo pública. La práctica de los preceptos corresponde a la primera. Una educación pública completa es aquella que las reúne a ambas: instrucción y cultura moral. Su objetivo es la de promover una buena educación privada. Una escuela donde esto tiene lugar se denomina instituto de educación. Ni estos institutos ni el número de sus estudiantes pueden ser muchos, debido a su alto costo; su sola fundación exige demasiado dinero; pasa como con los arsenales y los hospitales, cuya construcción y organización exigen salarios de directores, de vigilantes y de personal de servicios, y así absorben la mitad del dinero destinado; se ha comprobado que si se entregara este dinero a los pobres en sus casas, estarían mucho mejor atendidos. Por lo demás, sería también muy difícil que ingresaran en estos institutos personas diferentes a los hijos de los ricos.

* Información

El objetivo de estos institutos públicos es el perfeccionamiento de la educación doméstica. Si los padres o aquellos que colaboran en la educación de los hijos hubiera recibido una buena educación, los gastos de los institutos públicos podrían no ser más innecesarios. En ellos se debe investigar sobre la formación de los hombres y formar sujetos para hacer surgir entonces una buena educación hogareña.

La educación privada le dan los padres mismos, y cuando ellos no tienen tiempo, capacidad, o ni siquiera ganas, otras personas que colaboran por una retribución. Pero la educación dada por estas personas auxiliares encuentra el muy serio inconveniente de que la autoridad se halla dividida entre padres y maestros. El niño debe guiarse por los preceptos de sus maestros, y luego también, por los caprichos de sus padres. En una situación semejante, es necesario que los padres cedan toda su autoridad a los maestros.

Sin embargo, ¿hasta qué punto la educación privada es preferible a la educación pública, o ésta a aquélla? En general, la educación pública parece ser más ventajosa que la doméstica, no solamente desde el punto de vista de la calidad, sino también, en relación con la formación del carácter de un ciudadano. La Educación hogareña no sólo no corrige los defectos familiares, sino que los aumenta.

¿Cuánto tiempo debe durar la educación? Hasta que la naturaleza misma determine que el hombre se conduce por sí mismo; cuando se ha desarrollado ya en él el instinto sexual; cuando ya puede ser padre y deba ser educador a su vez; es decir, hasta cerca de los dieciséis años. Después de esta época, bien puede aún tener acceso a la cultura y someterse a una disciplina privada*, pero ya no más a una educación regular.

* Verstecke

La sumisión del estudiante es **positiva**, en cuanto él debe obedecer lo que le es prescrito, pues no puede juzgar por sí mismo y opera en él todavía su fuerza de imitación; o **negativa**, en cuanto debe complacer a otros, si quiere a su vez que los demás lo complazcan. En el primer caso, está expuesto a ser castigado; en el segundo, a no ser complacido; el estudiante se encuentra aquí bajo la dependencia de su deseo de satisfacción, aún cuando ya pueda pensar.

Uno de los mayores problemas de la educación es el de conciliar la sumisión con la facultad de servirse de la propia libertad en una justa restricción mutua. Restringir es una necesidad. Sin embargo, ¿cómo formar la libertad con restricciones? Es preciso acostumbrar al estudiante a que su libertad se sujete a una restricción, y, al mismo tiempo, enseñarle a hacer un buen uso de ella, sin lo cual no sería más que una máquina. El hombre que carece de educación no sabe emplear su libertad. Es necesario que experimente prematuramente la resistencia inevitable de la sociedad, a fin de que pueda aprender cuán difícil es bastarse a sí mismo, soportar las privaciones y reconocer de qué se hace independiente.

La pedagogía o ciencia de la educación es **física o práctica**. La educación física es aquella que el hombre comparte con los animales, es decir, los cuidados que necesita. La educación **práctica o moral** (se llama **práctico** todo lo que se relaciona con la libertad) es la adquisición de la cultura, que el hombre necesita a fin de poder vivir con ser libre; es la educación de la personalidad, la educación de un ser libre que puede bastarse a sí mismo y ocupar su lugar en la sociedad, pero que también es capaz de mantener por sí mismo valores interiores.

Según esto, la educación se compone, primero, de la cultura **escolar y mecánica**, que se refiere a las destrezas: a ella es entonces **didáctica** (es obra del profesor); segundo, de la cultura **pragmática**, que se refiere a la **prudencia** (es la tarea del ayo o gobernante); tercero, de la cultura **moral**, que se refiere al ser moral*.

* Moralitât

El hombre precisa de la cultura **escolar** o de la instrucción para poder alcanzar todos sus fines; ella le da valor como individuo. La cultura de la **prudencia** lo prepara a la condición de ciudadano, pues le da un valor social. La cultura **moral**, finalmente, le da su valor respecto a la especie humana en su conjunto.

La cultura es cronológicamente la primera. En efecto, la prudencia presupone siempre la pericia. La prudencia es el talento de emplear bien las propias habilidades. La cultura moral, en tanto que descansa sobre principios que el hombre mismo debe poder reconocer, es cronológicamente la última; sin embargo, en tanto que descansa sólo sobre el sentido común, debe ser puesta en práctica desde el comienzo, incluso en la educación física, sin lo cual más de un defecto echaría raíz e inutilizaría todo esfuerzo y todo arte educativos posteriores. En cuanto hace a las habilidades y a la prudencia, deben siempre guardar correspondencia con la edad. Aparecer en la infancia hábil, prudente, paciente y sin malicia, como un hombre, vale tanto como conservar en la edad madura la sensibilidad de un niño.

DE LA EDUCACIÓN FÍSICA

Quien quiera que decida convertirse en educador como ayo o gobernante, asume bajo su control a los niños desde un principio, con el fin de ocuparse también de su educación física; por esto, es indispensable conocer en qué consiste la educación, desde el comienzo hasta el final. Aún en el caso de alguien que se inicia como gobernante con niños mayores solamente, puede verse en el caso de que aumente la familia y, si el ayo se ha portado bien y goza de la confianza de los padres, puede aconsejarlos respecto a la educación física del bebé; por lo general, se es

entonces la única persona competente de la casa. De aquí que el ayo o gobernante deba tener también conocimientos en este campo.

La educación física consiste propiamente en los cuidados de alimentación por parte de las madres, de las nodrizas o de las criadas. La leche materna es la alimentación que la naturaleza ha destinado para el niño. Es un simple prejuicio el que el niño, al mamar la leche materna, también mama en cierto modo los sentimientos, y se oye decir frecuentemente: "Tú has mamado esto con la leche materna!". Lo más provechoso para madre e hijo es cuando la madre misma le da el alimento. Desde luego, hay que admitir excepciones también aquí, en casos extremos, a causa de una u otra circunstancia, o por enfermedad. Antiguamente se creía que la leche de la madre recién parida era perjudicial para el niño. **Rousseau**, sin embargo, fue el primero en hacer la observación a los médicos de que, puesto que la naturaleza no ha hecho nada en vano, sería absurdo que la primera leche no fuera de provecho para el niño. Y realmente se ha encontrado que esta leche es el principal componente de los excrementos que se encuentran en los cuerpos de los recién nacidos, y que los médicos llaman meconio y que es por lo tanto muy bueno para los niños.

Se ha planteado el interrogante de si un niño puede ser alimentado satisfactoriamente con leche de animal. La leche de todos los animales herbívoros o vegetarianos, se coagula muy rápidamente cuando se le agrega algún ácido, como por ejemplo, ácido tartárico, ácido cítrico o, en especial, el ácido del cuajar de ternero que se llama **cuajo** o **cuajada**. En cambio, la leche humana no se coagula en absoluto. Sin embargo, cuando la madre o la nodriza se han alimentado durante algunos días de vegetales, su leche cuaja tan bien como la de vaca, etc; pero si vuelven a comer carne durante algún tiempo, la leche vuelve a recobrar la normalidad anterior. Se considera, por consiguiente, que lo más favorable para el niño es que su madre o su nodriza se alimenten de carne durante la lactancia. Cuando el niño devuelve la leche, se ve entonces que ha cuajado. Los ácidos del estómago, al igual que todos los otros ácidos, han hecho cuajar la leche. ¿Cuán grave no sería darles a los niños leche que se cuajara por sí misma! Pero comer carne no es una costumbre generalizada, según se ve en otras naciones. Los tonguses, por ejemplo, no comen más que carne y son gente fuerte y sana, aunque no viven mucho tiempo, y es posible levantar a un muchacho joven y alto o que no pareciera liviano a simple vista, sin mucho esfuerzo. Por el contrario, los suecos, y en particular las naciones de las Indias, no comen prácticamente nada de carne y sin embargo las personas se conservan muy bien. Parece ser, por lo tanto, que todo depende principalmente de la salud de la nodriza y que el mejor alimento es aquel con el cual ella también se encuentre mejor.

Ahora viene la pregunta acerca de qué se tiene que hacer para alimentar al niño una vez que la leche materna se haya terminado. Desde hace algún tiempo se ha intentado hacerlo con todo tipo de papillas, aunque no es bueno alimentar al niño con dichos alimentos desde el comienzo. En particular, se debe evitar dar al niño todo lo picante, desde el comienzo. En particular, se debe evitar dar al niño todo lo picante, como vino, especias, sal, etc. Y sin embargo, es sorprendente que los niños manifiesten tanto gusto por estas cosas. La explicación de estos es que provocan una excitación y una animación en sus sensaciones todavía apáticas, que les es agradable. En Rusia, los niños heredan ciertamente de sus madres, que gustan beber aguardiente, el mismo gusto, y es de señalar que los rusos son gente sana y fuerte. Sin duda, aquellos que soportan este régimen deben tener una constitución fuerte; pero también deben morir muchos que habrían podido vivir esta prueba. En efecto, una excitación prematura de los nervios ocasiona muchos desordenes. Incluso, hay que tener mucho cuidado de no dar a los niños comidas o bebidas muy calientes, pues son debilitantes.

Es de observar, por lo demás, que no se debe mantener a los niños muy abrigados, pues su sangre es mucho más cálida que la de los adultos. La temperatura de la sangre en los niños es de 110° Fahrenheit, y la de los adultos no tiene más de 96°. El niño se sofoca con el calor de una atmósfera en la que los mayores se encuentran muy bien. Generalmente, las habitaciones frescas hacen a los hombre fuertes. Sin embargo, tampoco es conveniente para los adultos acostumbrarse a vestidos demasiado abrigados, ni andar cubiertos, ni tomar bebidas muy

calientes. A los niños les conviene un lecho fresco y duro, y no hay que suministrarles ningún excitante a fin de que tengan apetito; por lo contrario, éste debe ser efecto de sus actividades y ocupaciones. Tampoco se les debe permitir que adquieran costumbres que se conviertan después en necesidades. Incluso, en caso de que algo sea para bien, no se debe utilizar de tal manera que se convierta para ellos en una costumbre.

Los pueblos primitivos no conocen en modo alguno los **pañales**. Los indígenas americanos, por ejemplo, cavan hoyos en la tierra para sus niños y esparcen en el fondo cenizas de los árboles con hojas; en esta forma, permanecen los niños secos, además de que les deja libres los miembros. Asimismo, es por comodidad propia que envolvemos a los niños como momias con el fin de dispersarnos a nosotros de que ellos no se vayan a lisiar, que es lo que generalmente sucede por obra de los pañales. Los pañales son muy incómodos para los niños y producen en ellos una cierta desesperación, pues no pueden utilizar sus miembros. Entonces se pretende calmar sus gritos con simples palabras. ¡Pero basta con que se envolviera así a un adulto para ver si sus gritos no serían iguales y si no sufriría la misma angustia y desesperación!

En general, hay que señalar que la primera educación es solamente negativa, esto es, que no debe agregar nada a las precauciones que ya ha tomado la naturaleza, y tampoco las debe alterar. Si existe una arte permitido en educación, es el que tiene por finalidad el endurecimiento de los niños. Hay que rechazar, pues, los pañales. Sin embargo, si se quiere encontrar un sustituto, lo mejor es una especie de caja provista de correas por encima. Los italianos se sirven de ella y la llaman **arcuccio**. El niño permanece siempre en esta caja e incluso se le da de lactar en ella. Esto impide también que la madre, si se duerme por la noche durante la lactancia, puede ahogar al niño, pues entre nosotros muchos niños parecen de esta manera. Esta precaución es preferible al pañal, pues los niños tienen así más libertad, con lo cual se les impide además que se les deformen las piernas, como sucede frecuentemente por la acción de los pañales.

Otra costumbre en la primera educación es la de **mecer** a los niños. La mejor forma para esto es la que tienen algunos campesinos, que cuelgan la cuna en una cuerda entre vigas y no tienen más que impulsarla, de modo que la cuna se balancea por sí misma de un lado a otro. Pero en general, el mecer no es bueno y el vaivén es perjudicial para el niño. Es de ver, incluso, a personas adultas en quienes el balanceo produce mareo y una disposición a vomitar. De esta suerte, se busca aturdir a los niños a fin de que no griten, pero el gritar es saludable para ellos. Tan pronto como salen del seno materno, en donde no disponen de aire, respiran su primer aliento, mas la corriente sanguínea modificada de esta manera produce en ellos una sensación dolorosa. Con los gritos, el niño facilita el despliegue de los órganos internos y de los canales de su cuerpo. Es muy nocivo tranquilizar al niño cuando grita, con cantos, por ejemplo, como es costumbre de las nodrizas, etc. Este es, generalmente, el primer perjuicio para el niño, pues cuando ve que todo acude a él con su grito, lo repite luego con mayor frecuencia.

Puede decirse con verdad que los niños de las gentes comunes están más mal educados que los niños de los grandes, pues la gente común juega con sus hijos como los simios. El pueblo canta delante de los niños, los abrazan, los besan y bailan con ellos. Hacen alarde de que tan pronto como el niño grita, corren y juegan con él, etc. Entonces éste llora con mayor frecuencia todavía. Por el contrario, cuando se hace caso omiso de sus gritos, terminan por no llorar más. Si uno se acostumbra, empero, a ver todos sus caprichos satisfechos, es muy difícil después quebrantar la propia voluntad. Si se los deja gritar, pronto estarán aburridos ellos mismos. Pero si se les satisface en todos sus caprichos desde la primera infancia, se echa a perder en ellos sus sentimientos y costumbres.

Ciertamente, el niño no tiene todavía ninguna idea de las costumbres, pero se echan a perder sus disposiciones naturales en el sentido de que después hay que aplicarle muy fuertes castigos a fin de reparar el daño ocasionado. Cuando se quiere deshabituar a los niños a ver sus caprichos satisfechos de esta forma, expresan en sus gritos una rabia tal que sólo es propia de personas mayores y que no llegan a más simplemente porque carecen de fuerza. Si solo tienen

que gritar para obtener todo lo que quieren, dominan como verdaderos déspotas. Cuando este dominio falla, quedan naturalmente muy contrariados. Posteriormente, incluso siendo ya personas adultas, si han mantenido un cierto poder durante un tiempo largo, les es muy difícil desacostumbrarse a él rápidamente.

Durante la primera etapa, al rededor de los tres primeros meses de vida, el niño no puede ver correctamente. Aunque tiene la sensación de la luz, no está en capacidad de diferenciar los objetos entre sí. Es fácil convencerse de esto: muéstrase al niño un objeto brillante, y no podrá seguirlo con los ojos. Con la vista se desarrolla también la capacidad de reír y de llorar. Ahora bien, cuando el niño alcanza este estado, llora con reflexión, no obstante todo lo obscuro que se quiere que sea esta reflexión. El niño siempre teme que se le haga daño. **Rousseau** decía: cuando se le golpea en la mano a un niño de cerca de seis meses, llora como si un tizón le hubiera caído encima. Aquí ya se asocia, realmente, la idea de ofensa. Generalmente, los padres hablan mucho de quebrantar la voluntad de los niños, pero no hace falta quebrantarla si no se le ha echado a perder todavía. Sin embargo, el primer mal que se le ocasiona es acceder a la voluntad despótica del niño, que pretende obtener todo por la fuerza de su llanto. Es extremadamente difícil reparar más tarde este daño, y apenas sí se le puede corregir. Bien se puede lograr que el niño permanezca callado, pero entonces se traga su disgusto y no hace más que alimentar internamente la ira. Se acostumbra de este modo, por tanto, al disimulo y a las emociones disimuladas de su espíritu. Es sumamente singular, por ejemplo, cuando, luego de haberlos golpeado con varilla, los padres exigen que sus padres les besen la mano. Se lo está acostumbrando de esta forma al disimulo y a la falsedad, pues ciertamente, un golpe de varilla no es un hermoso regalo por el que se deban dar las gracias, y es de suponer fácilmente con qué sentimientos besa el niño la mano que se le presenta.

Por lo general, los padres se sirven de **andadores** o **caminadores** para enseñar a los niños a caminar. Pero, ¿no es extraño que se quiera enseñar a caminar a un niño? como si el hombre no pudiera caminar sin instrucción. Los andadores son particularmente peligrosos. Un escritor se quejaba alguna vez de la estrechez de su pecho, atribuida únicamente al uso de andadera; ya que un niño coge todo, y todo lo levanta del suelo, se apoya entonces con su pecho sobre la andadera, pero como su pecho todavía es delicado, se vuelve aplanado y conserva luego esta forma. Un niño no aprende a caminar con la ayuda de estos medios, como lo aprendería seguramente por sí solo. Lo mejor es dejarlo arrastrarse por el suelo hasta que poco a poco comience a caminar por sí mismo. Se puede tomar la precaución de guarnecer la habitación con cubiertas de lana a fin de que no se desgarre con astillas o de que al caer no se golpeen fuerte.

Comúnmente, se dice que los niños pueden golpearse fuertemente, sin embargo, aunque así pueda ocurrir en algunas ocasiones, tampoco les perjudica que caigan alguna vez. De este modo aprenden a conservar mucho mejor el equilibrio y no hacerse daño en las caídas. Se les puede proteger con máscaras especiales, llamadas generalmente chinchoneras, con el propósito de que el niño no pueda caer de bruces. Pero precisamente es una educación negativa aquella que emplea instrumentos artificiales, allí donde el niño tiene los suyos propios, naturales. Aquí los instrumentos naturales son sus manos, que el niño pone ante sí al caer. Cuantos más instrumentos artificiales se utilicen, tanto más dependiente de ellos se hace al hombre.

En general, sería mejor si desde un comienzo se emplearan menos instrumentos y se permitiera al niño aprender espontáneamente; así podría aprender muchas cosas y más sólidamente. Sería posible, por ejemplo, que aprendiera a escribir por sí solo, porque alguien lo descubrió alguna vez, y descubrirlo tampoco es fácil. Por ejemplo, podría decirse al niño cuando éste quisiera pan: "¿puedes dibujarlo?", y el niño dibujaría la figura ovalada. Se le podría decir entonces, si lo que ha querido representar es un pan o una piedra, y él intentaría escribir la palabra, y de este modo, encontraría con el tiempo su propio abecedario, que podría intercambiar luego con otros signos.

Hay algunos niños que vienen al mundo con determinados defectos. ¿Existen medios para corregir estas formas viciosas? Ha sido el esfuerzo de muchos escritos sabios demostrar que

los corsés no son aquí de gran ayuda, y antes bien, contribuyen a empeorar el mal, pues impiden la circulación de la sangre y de los humores, y obstaculizan el desarrollo necesario de las partes exteriores e internas del cuerpo. Cuando a un niño se lo deja libre, ejercita el cuerpo, pero una persona que ha llevado corsé, cuando lo deja, es mucho más débil que quien no ha llevado nunca uno. Quizás se podrían ayudar a aquellos que sufren de desviaciones en la columna colocando un peso mayor del lado en donde sus músculos son fuertes. Sin embargo, aún esto es muy peligroso, pues, ¿qué hombre puede, después, restablecer el equilibrio? Lo mejor es que el niño mismo se esfuerce y adquiera una posición correcta, aún cuando fuera incómoda para él, puesto que ningún artefacto puede hacer aquí en su favor.

Todos estos mecanismos artificiales son tanto más honestos cuanto que atentan directamente contra el fin que se propone la naturaleza en los seres organizados y racionales, de acuerdo con el cual fin debe quedar la libertad suficiente para que el niño aprenda a servir de sus propias fuerzas. Mediante la educación, sólo se debe prevenir que el niño se vuelva muy blando. La rudeza es lo contrario de la blandura. Es un riesgo demasiado alto pretender que el niño se acostumbre a todo y, en este sentido, la educación de los rusos va muy lejos. Allí también muere un número increíble de niños. La costumbre es la necesidad de un goce o una acción creada por la repetición frecuente por este acción o de este goce. No hay nada a lo que los niños no se acostumbren fácilmente, y por ello no se les debe suministrar, por ejemplo, cosas picantes como tabaco y aguardiente, ni bebidas calientes. Después es muy difícil desacostumbrarlos, y el comenzar a hacerlo encuentran una gran dificultad, debido a que el placer frecuente introduce cambios en las funciones de nuestro cuerpo.

Cuantos más hábitos tenga un hombre, tanto menos libre e independiente es. Esto es válido para los hombres tanto como para los animales: unos y otros dependen más tarde de aquello a lo que antes se han habituado. Por lo tanto, hay que prevenir que el niño se acostumbre a ciertas cosas o prácticas, y no permitir que surja en él ningún hábito. Muchos padres quieren acostumbrar a todo a sus hijos, pero esto no sirve de nada, pues en general -y también en particular, en los individuos-, la naturaleza humana no se deja habituar a todo, y por esto muchos niños se quedan a medias en el camino del aprendizaje. Los padres permiten, por ejemplo, que los niños se acuesten y levanten a cualquier hora, o que coman cuando lo deseen. Cuando quiere luego corregir esto, deben aplicar un régimen particular que les fortifique el cuerpo y que les repare el mal ocasionado. Por otra parte, nosotros encontramos en la naturaleza ejemplos de periodicidad. Los animales tienen un tiempo determinado para dormir. El hombre debería también acostumbrar a dormir a ciertas horas con el fin de no perturbar algunas funciones de su cuerpo. En cuanto a permitir a los niños a comer a cualquier hora, no se encuentran ejemplos paralelos entre los animales; porque el caso de los herbívoros para los que comer es una ocupación ordinaria, se explica en razón del bajo poder nutritivo de su alimentación, pero para el hombre es muy provecho comer a horas. Igualmente, ciertos padres quieren que sus hijos soporten temperaturas elevadas, malos olores, todo tipo de ruidos, etc, pero esto no es, en absoluto, lo más necesario, en cambio si lo es que no se habitúen a nada. Por eso, es de gran utilidad variar el ambiente de los niños.

Un lecho duro es mucho más saludable que uno blando. Una educación enérgica sirve ante todo al fortalecimiento del cuerpo, y entendemos por educación energética, la que impide actuar por simple satisfacción. No faltan ejemplos para señalar que confirman esta afirmación; y si no se los encuentra es simplemente porque no se les quiere ver.

En cuanto a la formación del espíritu, lo que en cierto sentido también puede llamarse educación física, se puede evitar, sobre todo, que la disciplina se torne esclavista; el niño debe sentirse libre, pero de modo que tampoco se constituya en un obstáculo para la libertad de los demás; de ahí que sea indispensable que encuentre resistencia. Muchos padres les rehusan todo a sus hijos, con el propósito de ejercitarles la paciencia, exigiéndoles así más paciencia que la que ellos mismos tienen. Esto es cruel. Désele al niño todo lo que sea necesario, y dígamele luego: "Ya tienes suficiente". En esto es absolutamente indispensable la firmeza. No se ponga ninguna

atención a los gritos del niño y no se acceda cuando sus gritos quieren lograr algo por la fuerza; pero désele lo que pida amistosamente, si le conviene. Con ello, el niño se acostumbrará a ser sincero, y, como nadie ha de ser molestado por sus gritos, es en recompensa, todos estarán dispuestos hacia él. En verdad, la Providencia parece haber dado a los niños un semblante amistoso, a fin de ganarse la benevolencia de las personas. Nada es más funesto que una disciplina hostigante, esclavizante, para quebrantar la voluntad.

Con frecuencia se le dice a los niños: "¡Ten vergüenza! ¡Eso es indecente!, etc" expresiones como éstas no deberían de modo alguno utilizarse en la primera educación. El niño no tiene todavía ninguna idea de la vergüenza o de la decencia y no tiene por qué avergonzarse; diciéndole estas cosas sólo se hará más tímido y se confundirá delante de los demás, escondiéndose ante sus miradas. De esta suerte, surge en él una reserva mal entendida y un disimulo perjudicial. No se atreve a pedir nada y sin embargo, debería poder solicitar cualquier cosa; esconde sus sentimientos y siempre pretender ser una persona diferente a la que es, cuando debería poder decir todo francamente. En lugar de estar siempre con sus padres, los evita y se lanza en brazos de los domésticos más complacientes.

Pero tampoco son mejores las bromas y las caricias continuas que una educación hostilizante, los mimos fortifican al niño en su propia voluntad, lo hacen falso, y, al revelarse una debilidad de sus padres, les pierde el respeto que les debe. No obstante, si se lo educa de modo tal que no obtenga nada con sus gritos, llega a ser libre, sin estupidez ni insolencia, y sin timidez ni pusilanimidad. En verdad es difícil soportar a alguien insolente. Algunos hombres tienen un rostro tal de insolencia, que siempre cabe esperar de ellos una grosería, por el contrario, hay otras caras que son incapaces de alguna grosería. Siempre que se aprecia una persona sincera, es porque ciertamente se reúne con otras buenas personas. Se dice por lo general de los grandes que tienen aire real, pero esto es más bien un cierto mirar insolente al cual se han acostumbrado desde la infancia, debido a que nadie les opuso jamás resistencia.

Todo esto hace parte también de la cultura negativa. En efecto, muchas de las debilidades de los hombres no provienen de que no se les haya enseñado nada, sino de que han recibido impresiones falsas. Así, por ejemplo, las nodrizas despiertan en los niños el temor a las arañas, a los sapos, etc. Ciertamente, los niños quieren coger las arañas de la misma manera que otras cosas, pero, debido a que tan pronto como las nodrizas ven una araña, manifiestan horror en sus semblantes, los niños se contagian de ese temor. Muchas personas conservan este temor durante el resto de su vida y en esto, siguen siendo siempre niños. Las arañas son sin duda peligrosas para los insectos y para ellos su veneno es mortal, pero no significan peligro alguno para los hombres. Un sapo es un animal tan inofensivo como lo es una araña o cualquier otro animal.

La parte positiva de la educación física es la **cultura**; por ella se diferencia el hombre del animal. La cultura consiste ante todo en el ejercicio de las facultades propias del espíritu y es en virtud suya como los padres deben brindarles a sus hijos oportunidades para ejercitarlas. La primera y más importante regla es, aquí, en la medida de lo posible, eludir toda clase de artefactos. Por esta razón, se debe prescindir también de andadores y caminadores y permitir al niño arrastrarse por el suelo hasta que aprenda a caminar por sí mismo, y hacerlo así con mucha mayor seguridad. En efecto, los instrumentos arruinan las destrezas naturales. Se usa una cuerda para medir una cierta extensión, pero también se puede hacerlo por medio de cálculo a simple vista; se utiliza un reloj para determinar el tiempo, pero bastaría con fijar la posición del sol; se consulta una brújula para orientarse en un bosque, pero también se lo puede saber con ayuda de la posición del sol en el día, y de las estrellas en la noche. Puede afirmarse igualmente que se requiere un bote para avanzar sobre el agua, pero también se puede nadar; el ilustre Franklin se admiraba de que cada uno no lo aprendiera, siendo tan agradable y útil, e indica un modo fácil

para lograrlo. Se deja caer un huevo en un arroyo, en un lugar en donde, estando de pie sobre el fondo, se tiene por lo menos la cabeza fuera del agua. Se intenta el seguida agarrar el huevo. Al inclinarse, se hace subir los pies hacia la superficie, con el fin de que el agua no entre en la boca; se eleva la cabeza sobre la nuca y se tiene así la posición correcta y necesaria para nadar; sólo resta el movimiento de las manos, y se está nadando. -Se ha llegado, de esta suerte, a cultivar una habilidad natural. En general, basta una sola indicación; normalmente, el niño mismo tiene inventiva suficiente y descubre por sí mismo la manera de nadar.

Lo que hay que observar en la educación física, y por tanto, en relación al cuerpo, se relaciona con el control de los movimientos voluntarios y el desarrollo de los órganos de los sentidos. Lo que interesa en el primer caso es que el niño se ayude siempre a sí mismo. Para ello, son necesarias la fuerza, la habilidad, la rapidez y la seguridad. Por ejemplo, debe poder atravesar senderos estrechos; escalar alturas escarpadas, desde donde ve al abismo delante de sí; caminar sobre un soporte vacilante. Cuando un hombre no puede hacer esto, no es completamente lo que podría ser. Desde que la Philanthropina de Dessau brindó el ejemplo, muchos otros intentos de este tipo se han hecho con niños en otros institutos. Es sorprendente cuando se lee de qué manera los suizos se acostumbran desde la juventud a andar por las montañas y con cuánta destreza lo hacen, de modo que pueden caminar con plena seguridad por senderos estrechos y saltar sobre precipicios, y lo hacen antes que nada, por cálculo a simple vista, de manera que siempre salen bien librados. Sin embargo, la mayoría de los hombres temen ante una representación de su imaginación y este miedo paraliza de tal modo sus miembros que una idea semejante la asocian con peligro. Este temor aumenta generalmente con la edad, y es común encontrarlo sobre todo en personas que trabajan mucho intelectualmente.

Ensayos similares con los niños no son realmente peligrosos, pues ellos tienen, en relación con su fuerza, un peso mucho menor que las personas adultas y, por consiguiente, caen con menos fuerza. Por lo demás, en los niños los huesos no son tan frágiles y quebradizos como lo llegan a ser posteriormente. Los niños miden sus fuerzas por sí mismos. Así, por ejemplo, se los ve trepar árboles con frecuencia, sin una finalidad determinada. Saltar, levantar, cargar, arrastrar, arrojar hacia un objetivo, luchar, correr, y todos los ejercicios parecidos son muy buenos. La danza parece ser una actividad demasiado prematura para los niños.

El ejercicio que consiste en arrojar un objeto para encontrarlo luego, tiene también por objetivo la ejercitación de los sentidos, en particular el de la vista. El juego con balón es uno de los mejores para los niños, ya que en él también corren en forma saludable. En general, los mejores juegos son aquellos en que, conjuntamente con los ejercicios de habilidad, son también ejercicios para los sentidos; por ejemplo, el ejercicio de la vista en la apreciación correcta a distancia, del tamaño y la proporción de objetos, y el de encontrar la posición de lugares a partir de los objetos dados, en donde el sol debe poder ayudarnos. Igualmente ventajosa es la imaginación local, es decir, la destreza para representarse todos los lugares que realmente se han visto; por ejemplo, el gusto de imaginarse en medio de un bosque, observando los árboles por entre los cuales anteriormente se ha pasado. Así también, es provechoso para la memoria local (**memoria localis**), por medio de la cual, por ejemplo, no solamente se sabe en qué libro se ha leído algo, sino también, en qué sección del mismo. Así, el músico tiene el sentido del tacto en su cabeza, de manera que no tiene necesidad de buscarlo después. Es igualmente necesario desarrollar la cultura auditiva del niño con el fin de que pueda saber si algo se encuentra lejos o cerca, y en qué lado se halla.

El juego de la gallina ciego ya era conocido entre los griegos; ellos lo llamaban myinda paisein. En general, los juegos de los niños son universales. Los que se juegan en Alemania, se encuentran también en Inglaterra, Francia, etc. Corresponden a un cierto impulso natural de los niños. Por ejemplo, en el juego de la gallina, se trata de saber cómo podría ayudarse si estuvieran privados de la vista. El peón es también un juego muy particular; en verdad, estos juegos infantiles ofrecen a los hombres materia para reflexiones ulteriores y hasta, en ocasiones, el motivo de importantes descubrimientos. Así, **Segner** ha escrito una tesis acerca del peón, y

refiere cómo a un capitán de navío inglés el juego le dio la oportunidad de inventar un espejo por medio del cual se puede medir desde un barco la distancia de las estrellas.

Los niños gustan de los instrumentos que producen sonido, como por ejemplo, las pequeñas trompetas, los tambores, etc. Pero no sirven para nada, pues hacen a los niños impertinentes; sería mucho mejor si ellos mismos aprendieran a cortar una caña y la adaptaran para producir sonidos.

El columpio es también un buen ejercicio, e incluso los adultos mismo lo utilizan para su salud; sólo que los niños requieren vigilancia puesto que el movimiento puede ser demasiado rápido. La cometa es igualmente un juego inofensivo que cultiva habilidades, ya que exige el control de una cierta posición con respecto al viento a fin de que pueda elevarse a una altura adecuada.

El interés en los juegos dispensa a los niños de otras necesidades y les enseña paulatinamente a sobreponerse a privaciones más graves. A través de ellos se acostumbran a una ocupación prolongada y, precisamente por esto, no deben ser tampoco un puro juego, sino que deben tener también una finalidad. En efecto, cuando más se fortalece y se endurece su cuerpo durante el juego tanto más se les asegura contra las consecuencias desastrosas de un accidente durante el mismo. También la gimnasia debe orientar la naturaleza a fin de que no puedan originarse delicadezas afectadas. La disciplina es la primera que debe preceder, y no la instrucción. Sin embargo, se debe tener también en cuenta en la cultura del niño que éste se forme para la sociedad. **Rousseau** decía: "¡No llegareis jamás a formar un hombre sabio, si antes no formais un tunantuelo!". Pues es más fácil hacer de un muchacho despierto un buen hombre, que de uno indiscreto, un hombre prudente. El niño en sociedad no debe ser inoportuno, pero tampoco insinuante. Ante la invitación de los demás, debe ser atento sin ser inoportuno; franco, sin ser impertinente. Para no echarlo a perder en nada, no se le deben dar ideas de decencia que puedan hacerlo pusilánime y huraño por un lado, o le permitan valorarse por sí mismo de un modo indebido, por el otro. Nada es más ridículo en un niño que una corrección de anciano o que una indiscreta presunción. En este último caso, nuestro deber es hacerle sentir al niño sus propias debilidades, pero teniendo cuidado también de no hacerle sentir demasiado nuestro dominio, de manera que pueda formarse pero por sí mismo con miras a la sociedad, en donde, si el mundo es suficientemente grande para él, debe serlo también para los demás.

Toby le decía en **Tristán Shandy** a una mosca que lo había importunado durante un tiempo y a la cual dejó escapar por la ventana: "¡Vete, animal maligno: el mundo es suficientemente grande para mí y para tí!". Cada uno podría tomar como propia esta divisa. No debemos llegar a ser molestos entre nosotros mismo; el mundo es suficientemente grande para todos.

Llegamos ahora a la cultura **alma** que también puede denominarse como física. Debemos hacer la distinción aquí entre naturaleza y libertad. Dar leyes a la libertad es totalmente diferente de formar la naturaleza. La naturaleza del cuerpo y la del alma coinciden en que en su formación se busca tener la corrupción y en que el arte agrega tanto a la una, como a la otra. Se puede, por tanto, llamar a la formación del alma en cierto sentido también física, al igual que la formación del cuerpo.

Esta formación física del espíritu se diferencia de la cultura moral en que ésta apunta solamente hacia la libertad, mientras que aquélla sólo hacia la naturaleza. Un hombre puede ser físicamente cultivado, puede tener un espíritu muy bien formado, y sin embargo, tener una mala cultura moral, siendo así una criatura perversa.

No obstante, se debe distinguir entre la **cultura física** y la **cultura práctica**; ésta es **pragmática** o **moral**. Se trata, pues, aquí de **moralizar** a los hombres, no de **cultivarlos**.

Hemos de dividir la cultura **física** del espíritu en **libre** y en **escolar**. La cultura **libre** es apenas un juego; la escolar, por el contrario, constituye un asunto serio. La primera es aquella que debe ser observada siempre por el colegial; la segunda, considera al alumno como un sujeto bajo una fuerza. Se puede estar ocupado durante los juegos, y esto se llama ocupación en el ocio; pero se puede también estar ocupado por la fuerza, y esto se denomina trabajo. La formación escolar debe ser para el niño, trabajo; y la cultura libre, juego.

Se han diseñado múltiples planes de educación, lo cual es muy loable, a fin de investigar cuál método es el mejor en la educación. Entre otros, se ha pensado que se debe permitir que el niño aprenda todo como si fuera un juego. **Lichtenberg** se burla en un número de la **Revista de Gotinga** de la ilusión de que se deba introducir a los jóvenes desde temprana edad en todas las cosas, como si fueran juego, y sostiene que, al contrario, se los debería habituar a ocupaciones serias puesto que un día deberán entrar en la vida formal. Pero esto es completamente contraproducente. El niño debe tanto jugar y tener sus horas de recreo, como aprender a trabajar. La formación de sus habilidades es ciertamente bueno, al igual que la formación de su espíritu, pero ambos tipos de cultura deben ser practicados en diferentes momentos. Por lo demás, ya es una gran desdicha para los hombres tener una inclinación tan fuerte hacia la pereza. Cuanto más ocioso es un hombre, tanto más difícil le resulta decidirse a trabajar.

El trabajo es una ocupación desagradable en sí misma, pero que se emprende en función de otra cosa. El juego, por el contrario, es una ocupación agradable en sí misma, y sin que se persiga con ella un fin distinto de ella misma. Cuando se sale a pasear, el paseo mismo es la finalidad, y cuando se quiere ir a algún lugar determinado porque lo que buscamos se encuentra en ese sitio, o cuando la finalidad de nuestro paseo es algo más, escogemos entonces el camino más costo. Lo mismo sucede en los juegos de cartas. Es realmente muy curioso ver de qué manera hombres sensatos son capaces de sentarse durante horas a mezclar cartas. Se ve que nos es muy fácil para los hombres dejar de ser niños, pues, acaso es mejor ese juego que el juego de pelota de los niños? Es verdad que los adultos no cabalgan sobre palos, pero sí tienen otras cosas parecidas.

Es de mayor importancia que los niños aprendan a trabajar; el hombre es el único animal que debe hacerlo. A través de mucho entrenamiento, debe poder disfrutar de lo necesario para su propio sustento. La pregunta acerca de si el cielo no sería mucho más bondadoso con nosotros si nos permitiera encontrar todas las cosas ya preparadas de modo que no tuviéramos que trabajar, debe ser ciertamente respondida de forma negativa, pues el hombre requiere ocupación; incluso aquellas ocupaciones que llevan consigo un determinado esfuerzo. Es igualmente falso imaginarse que si Adán y Eva hubieran permanecido en el paraíso, no habría hecho nada más que permanecer sentados juntos, cantando pastorales y observando la belleza de la naturaleza. Sin duda el aburrimiento habría sido un tormento igual para ellos que para cualquier otro hombre en la misma situación.

El hombre debe estar siempre ocupado, de tal suerte que si ha alcanzado el fin que se había propuesto, no se sienta a sí mismo por el mismo cansancio; el mejor descanso es el que sigue al trabajo. Así, pues, el niño también debe acostumbrarse al trabajo, y, ¿en qué otra parte debe ser cultivada esta inclinación a trabajar, sino en la escuela? La escuela es una cultura forzada. Es extremadamente perjudicial habituar al niño a que todo lo vea como un juego. Es cierto que debe tener un tiempo para el recreo, pero también para el trabajo. Si el niño no aprecia entonces la utilidad de esta restricción, no la apreciará tampoco en el futuro. El general, sería hacer demasiadas concesiones a la curiosidad del niño si siempre se le respondiera a sus preguntas: "¿Qué es esto?, ¿Para qué sirve?" La educación debe ser forzada, pero no por ello esclavizante.

En cuanto hace a las facultades del espíritu, la cultura libre debe desarrollarlas siempre. En realidad, ella debe ocuparse propiamente de las facultades superiores. Las facultades inferiores también serán cultivadas, pero sólo en función de las superiores; por ejemplo, el ingenio, en función de la inteligencia. La regla principal a seguir aquí es la de no cultivar ninguna facultad individual por sí misma, sino siempre en relación con todas las demás; por ejemplo, la imaginación, sólo en provecho del entendimiento.

Las facultades inferiores no tienen por sí solas ningún valor. Por ejemplo, ¿qué es un hombre con mucha memoria pero sin ninguna capacidad de juicio? Alguien así no es más que un diccionario viviente. También aquellos animales de carga del Parnaso son necesarios, pues, si no pueden crear nada por sí mismos, aportan los materiales para que otros más capacitados puedan hacerlo. El ingenio es el conocimiento de lo universal. El juicio es la aplicación de lo universal a lo particular. La razón es la facultad de comprender la unión de lo universal con lo particular. Esta cultura libre continúa su curso desde la niñez hasta el momento en que cesa para el joven toda educación. Cuánto, por ejemplo, un joven cita una regla general, se le ha de permitir que mencione casos de la historia, fábulas que se hallan encubiertas en esta regla, pasajes de poetas en donde esté expresada, y así se le da de este modo la oportunidad de que ejercite su ingenio, su memoria, etc.

La sentencia **tantum scimus, quantum memoria tenemus***, tiene ciertamente su verdad; de aquí que la cultura de la memoria sea muy necesaria. Todas las cosas han sido hechas de tal modo que el entendimiento primero recibe las impresiones sensibles y después la memoria las conserva. Es lo que sucede, por ejemplo, con el aprendizaje de los **idiomas**. Se los puede memorizar con un método formal, o se los puede aprender por conversación; este método es el mejor en el caso de las lenguas vivas. El aprendizaje de palabras es realmente necesario, pero los jóvenes aprenden mucho mejor cuando los encuentran en un contexto que se les hace leer. El programa de estudios de los jóvenes debe ser fijo y determinado. De esta manera, se aprende mejor la **geografía** con la ayuda de una cierta nemotecnia. La memoria prefiere en particular estos mecanismos, pues en una variedad de casos son también muy útiles. Para la **historia** no se ha encontrado todavía un sistema de aprendizaje correcto; en verdad, se han ensayado cuadros sinópticos, pero parecen no tener mucho efecto. Sin embargo, la historia es un medio excelente para ejercitar el entendimiento en el juzgar bien. Memorizar es muy necesario, pero en modo alguno es un buen ejercicio hacer aprender a alguien un discurso, por ejemplo. Cuando más, ello contribuye apenas a una mayor osadía, y la declamaciones, por otra parte, solo cosa de los hombres. A esto pertenecen también todas las cosas que se aprenden solamente para un futuro examen o en atención a un **futuram oblivionem****. Solamente se debe ocupar la memoria en cosas que nos interese conservar y que estén relacionadas con la vida real. Aquí, lo más perjudicial para los niños es la lectura de novelas puesto que solamente les han de servir mientras las están leyendo, pues les sirven de distracción. La lectura de novelas debilita la memoria. Sería ridículo memorizarlas para narrárselas después a los demás. Por lo tanto, se deben retirar todas las novelas de las manos de los niños. Mientras las están leyendo, se crean en su imaginación otra novela, ya que se representan a sí mismos las circunstancias de mil maneras, revolotean en su imaginación y se pierden sin sentido.

* Tanto sabemos como memoria tenemos. N. del T.

** Olvido futuro. N. del T.

Las distracciones no deben ser nunca toleradas, por lo menos en la escuela, pues terminan por generar una cierta inclinación hacia ellas y hasta convertirse en hábito. Aún los más destacados talentos se pierden en quien se entrega a ellas. Si acaso los niños se disipan en sus diversiones, pronto se vuelven a reunir entre ellos, pero se los ve distraídos, ante todo, cuando están ideando alguna travesura, pues están pensando cómo disimularla o cómo repararla de nuevo. Entonces, sólo escuchan a medias, responde trastornados, no saben lo que están leyendo, etc.

Se debe cultivar la memoria tempranamente, pero cultivando también, al mismo tiempo, el entendimiento.

La memoria se cultiva, primero, mediante la retención de los nombres encontrados en los relatos; segundo, por medio de la lectura y la escritura; sin embargo, la lectura debe hacerse de corrido y no mediante simple delecto; tercero, por medio del aprendizaje de los idiomas, que los niños deben adquirir, escuchando primero, antes de leer cosa alguna. Posteriormente viene lo que se denomina **orbis pictus** que, con una organización conveniente, ofrece los mejores medios; se puede entonces comenzar por la botánica, por la minerología y en general por la descripción de la naturaleza física. A fin de elaborar un esbozo de estos objetivos, es menester dibujarlos y modelarlos, para lo cual se necesita de las damentalmente con la geografía, tanto matemática como física. Los relatos de viajes, ilustrados con grabados y mapas, conducen luego a la geografía política. De la explicación de los estados actuales de la superficie terrestre se remonta a los estados pasados y a la descripción de la formación de la tierra, la historia de la antigüedad, etc.

Sin embargo, se debe unificar gradualmente en la enseñanza del niño, el saber y el poder. Entre todas las ciencias, la **matemática** parece ser la única capaz de llevar a cabo de la mejor manera este propósito. Además, deben ir unidas la ciencia y el lenguaje* (la facilidad de expresión, la oratoria y la elocuencia). También se le debe enseñar al niño a diferenciar claramente entre la simple opinión y la creencia. De esta forma, se prepara así un entendimiento certero y un gusto **recto**, si no **fino** y **delicado**. El gusto hace referencia en primer lugar a los sentidos, particularmente el de la vista, pero también el gusto por las ideas.

* Das Sprechen

Debe haber reglas en todos los campos relacionados con el cultivo del entendimiento, y ha de ser también de mucha utilidad poder conocer las reglas a fin de que el entendimiento no proceda solamente de un modo mecánico, sino con total conciencia de las mismas.

Es igualmente provechoso ordenar las reglas en fórmulas determinadas y confiarlas en esta forma a la memoria. Si tenemos un tropiezo en la aplicación de una regla, pronto podremos superarlo buscando la regla en la memoria. La duda está en saber si las reglas deben ser aprendidas apenas **in abstracto**, o si después de que se conozca por completo su aplicación; o también, si deben aprenderse al mismo tiempo la regla y su empleo. Esto último es lo más aconsejable. De otro modo, la aplicación es muy incierta mientras no se haya logrado un buen aprendizaje de las reglas. De paso, también se debe poder organizar las reglas en clases pues no es posible retenerlas mientras no estén asociadas entre sí. Así, pues, la gramática debe anticiparse siempre en la estudio de las lenguas.

Debemos ahora ofrecer una idea sistemática acerca de toda la finalidad de las educación y del modo de lograrla.

Primero, **la cultura general de las facultades del espíritu** debe ser diferenciada de la cultura particular. La cultura general tiene por objetivo las habilidades y la perfección, no en el aprendizaje de cuestiones particulares por parte del estudiante, sino el fortalecimiento de las facultades del espíritu. Se divide en:

- a) **Física** - donde todo el aprendizaje descansa en el ejercicio y la disciplina sin que el niño deba aprender normas. Es pasiva desde el punto de vista del aprendiz, ya que debe seguir la dirección de otra persona. Otros piensa por él.
- b) **Moral** - se basa ya no en la disciplina, sino sobre máximas. Mas todo estará perdido si se quieren fundamentar estas máximas sobre ejemplos, amenazas, castigos, etc. Entonces sería mera disciplina. Se debe buscar que el estudiante actúe bien de acuerdo con sus propias máximas y no por costumbre, y que no solamente practique el bien, sino que lo haga porque es el bien. La educación física se diferencia, por consiguiente, de la educación moral en que aquélla es pasiva y ésta, activa. Es necesario que el estudiante valore, en todo caso, el principio y las consecuencias de la acción a partir de la idea del deber.

Según, **la cultura particular de las facultades del espíritu**. Aquí se trata del cultivo de la facultad del conocimiento, de los sentidos, de la imaginación, de la memoria, de la capacidad de observación y del ingenio, y de lo que se entiende en general por facultades menores del entendimiento. Del cultivo de los sentidos, por ejemplo de la vista, ya se ha hablado anteriormente. En cuanto al cultivo de la imaginación, se debe recordar que los niños tienen una imaginación extremadamente rica y que no requiere en absoluto ser ampliada ni extendida más, con la ayuda de cuentos. Por el contrario, necesita ser refrenada y sometida por reglas, aunque no se la debe dejar en modo alguno inactiva por completo.

Los mapas contienen algo en sí que seducen a todos, incluso a los niños más pequeños. Cuando ya están aburridos de todo otro estudio, todavía pueden aprender algo más con la ayuda de los mapas. Y esta es una buena distracción para los niños, pues su imaginación no revolotea solamente, sino que se detiene también en determinadas figuras. realmente, el aprendizaje de los niños podría comenzar con la geografía. Al mismo tiempo, se pueden agregar al mapa figuras de animales, plantas, etc., que hacen que la geografía adquiera vida. Sin embargo, el aprendizaje de la historia no debe seguir sino un poco más tarde.

En lo que se refiere a la capacidad de observación, debe ser fortalecida en términos generales. Una rígida fijación de nuestro pensamiento en un objeto, es menos un talento que una debilidad de nuestro sentido interno, que es inflexible en este caso y no se deja dirigir a donde queramos. No obstante, la memoria descansa en la observación.

Ahora bien, en cuanto hace a las **facultades superiores del entendimiento**, encontramos aquí el cultivo del entendimiento, del juicio y de la razón. En cierto modo, se puede comenzar la formación del entendimiento de una manera pasiva, pidiéndole ejemplos para las reglas, o por el contrario, hallando reglas para casos singulares. El juicio indica el modo que se debe hacer del entendimiento. Es indispensable comprender lo que se aprende y lo que se dice, y no repetir nada sin comprenderlo. ¡Cuántas personas leen y escuchan algo y lo creen sin entenderlo! También corresponde a las facultades superiores, la diferencia entre imágenes y cosas.

Mediante la razón reconocemos los principios. Pero es de tener en cuenta, aquí, que se trata de una razón que no ha sido orientada todavía. Así, pues, no debe querer razonar siempre, y se debe tener cuidado de que no razone sobre aquello que sobrepasa las ideas. No se trata aquí tampoco de la razón especulativa, sino de la reflexión sobre lo que acontece, según causas y efectos. Se trata, en su sentido y constitución más propios, de una razón práctica.

La mejor manera de cultivar las facultades del espíritu consiste en hacer por sí mismo todo lo que se quiera realizar; por ejemplo, en poner en práctica una regla gramatical que se ha aprendido. El comprometer tiene en el hacer su mejor ayuda. Más se aprende por principio, y se retiene mejor lo aprendido, cuando se aprende por sí mismo. Muy pocos hombres están en capacidad de hacerlo: se les llama autodidactas.

en la formación de la razón se debe proceder a la manera socrática. Sócrates, que se llamaba a sí mismo la partera de los conocimientos de sus oyentes, da ejemplos en sus diálogos -que Platón ha conservado para nosotros de alguna manera-, sobre cómo se pueden extraer determinadas ideas de la gente madura valiéndose de su propia razón. Hay muchos aspectos sobre los cuales no es necesario que los niños ejerzan su razón, pues no es indispensable que razonen sobre todo. No es preciso que conozcan las razones de todo cuanto hace a su buena educación, y sin embargo, es necesario hacerles conocer los principios de todo cuanto se relaciona con el deber. El general, se trata en este punto, no de introducir en ellos conocimientos de razón, sino más bien, de hacerles extraer de ellos mismos los conocimientos racionales. El método socrático debería servir de modelo al método catequético. Ciertamente, aquel método mecánico-catequético es adecuado en varias ciencias, por ejemplo, en la exposición de la religión revelada. Por el contrario, en la religión en general, se debe emplear el método socrático. Pero, en lo que se refiere a la enseñanza de la historia, es de preferencia recomendable el método mecánico-catequético.

A esta cultura pertenecen también la formación del sentimiento del placer o de la pena. Aquí, debe ser negativa, sin que el sentimiento mismo deba ser consentido. La inclinación a la comodidad es el peor de los males de la vida del hombre, y por eso es de una importancia capital que niños y jóvenes aprendan a trabajar. Cuando todavía no ha sido afeminados por los mimos, los niños gustan realmente de las diversiones mezcladas con fatigas y de las actividades que exigen ciertos esfuerzos de parte suya. En este sentido, no se los debe hacer delicados ni permitirles escoger en cuanto a sus gustos. Por lo común, las madres echan a perder de esta manera a sus hijos consintiéndolos permanentemente. Se observa, por lo tanto, que el niño prefiere sus hermanos y su padre a su madre, lo cual puede obedecer a que las madres no les permiten saltar, correr de un lado a otro, etc., por temor de que se puedan hacer daño. Por el contrario, el padre, que los reprende e incluso los golpea si se han portado mal, los lleva a veces al campo y les permite allí correr, jugar y estar tan alegres como conviene a su edad.

Se cree ejercitar la paciencia de los niños haciéndoles esperar demasiado tiempo alguna cosa. Pero esto no debería ser necesario de ningún modo, mientras que sí necesitan de paciencia en las enfermedades, etc. La paciencia es doble, y consiste, tanto en renunciar a toda esperanza, como en retomar nuevos bríos. La primera no es necesaria cuando sólo se desea lo posible; la segunda es aconsejable siempre que se quiera lo justo. En las enfermedades, sin embargo, la pérdida de la esperanza es funesta, así como es favorable el deseo de recobrar la salud. Quienquiera que sea capaz de esto mismo en relación con su estado físico o moral, no renuncia a la esperanza.

Mas tampoco se debe hacer tímidos a los niños. Esto sucede, por lo general, cuando nos dirigimos a ellos con palabras de reproche y se los humilla con frecuencia con gritos de los padres, como: "¡Eh, avergüénzate!" No se ve en modo alguno de qué deba avergonzarse realmente un niño al llevarse el dedo a la boca, por ejemplo. Se les puede pedir que no se acostumbren, o explicarles por qué no se debe hacer, pero nunca gritarles que se avergüencen, excepto cuando mientan. La naturaleza ha dado a los hombres la capacidad de la vergüenza a fin de que se descubran tan pronto como mientan. Si los padres no hablan a sus hijos de vergüenza cuando mientan, no conservarían éstos ese ruborizarse en relación con la mentira

durante el resto de su vida. Pero si se los ruboriza sin cesar, continuamente, se les desarrollará una timidez que no podrán vencer posteriormente.

Como ya se ha dicho antes arriba, no se debe quebrantar la voluntad del niño, sino conducirla de tal modo que sólo ceda ante los obstáculos naturales. En un comienzo, el niño debe obedecer ciegamente. No es natural que él se imponga con sus gritos, ni que el fuerte obedezca al débil. Nunca se deben permitir la complacencia de los gritos del niño, ni que obtenga con ellos por la fuerza lo que quiere, ni siquiera en la primera infancia. Por lo general, cuando los padres cometen este error, quieren luego remediarlo, y entonces le rehusan todo cuanto pide. Pero es completamente absurdo rehusarles sin motivo alguno lo que esperan de la bondad de sus padres, simplemente para oponerles resistencia, y hacerles sentir más débiles y que se encuentran bajo la prepotencia de los padres.

Se malcrían a los niños cuando se hace todo lo que ellos quieren, pero se los educa de un modo totalmente falso si se contraría siempre su voluntad y sus deseos. Lo primero sucede con frecuencia, en tanto que son un juguete para sus padres, especialmente en la época cuando comienzan a hablar. pero este consentimiento origina un daño demasiado grande para el resto de su vida. Actuando en contra de la voluntad de los niños se les impide, en verdad, demostrar su indignación, lo que sin duda se logra, tanto más cuanto que se desencadena internamente. Ellos todavía no han aprendido el modo de comportarse. Así, pues, la regla que se debe seguir en el caso de los niños desde su más temprana edad, es acudir en su ayuda cuando gritan pues pueden haber sufrido daño, pero dejarlos gritar si lo hacen por pura indignación. esta conducta debe ser mantenida constantemente. La resistencia que el niño encuentra en este caso es completamente natural y propiamente negativa por cuanto sólo se rehusa complacerlo. Por el contrario, es mejor que los niños entiendan que reciben de sus padres cuanto desean si lo solicitan de buena manera. Si se les permite a los niños obtener todo con sus gritos, se convierten en perversos; pero si lo obtienen todo solicitándolo, se los hace delicados. A menos que exista un motivo poderoso, se debe satisfacer siempre la solicitud del niño. Pero si existe una razón para no hacerlo, no se debe permitir tampoco que nos conmovamos por todos sus ruegos. Toda respuesta negativa debe ser irrevocable, pues tiene el efecto de que después no tengamos que denegar con frecuencia.

Se puede suponer la existencia en el niño de una inclinación natural a los caprichos, lo que muy difícilmente se podría admitir, pero aún en ese caso, lo mejor es que, cuando él no sea complaciente, tampoco serlo nosotros con él. Quebrantar la voluntad, produce un modo de pensar esclavizante; resistirla naturalmente, por el contrario, produce docilidad.

La cultura moral debe fundarse sobre máximas, no en la disciplina. esta previene las malas costumbres, mientras que aquélla forma la manera de pensar. Por consiguiente, es de observar que el niño se acostumbre a actuar según máximas y no a partir de determinados móviles. Por lo demás, la disciplina sólo deja una costumbre que desaparece con el transcurso de los años. El niño debe aprender a actuar según máximas en las cuales reconozca por sí mismo la justicia. Se comprende fácilmente la dificultad para lograr esto en los niños más pequeños, y que la formación moral exige la máxima atención por parte de padres y maestros.

Cuando el niño mienta, por ejemplo, no se le debe castigar, sino demostrarle desprecio, decirle que no se le creará en el futuro, etc. Pero si se le castiga cuando hace el mal, también se le debe recompensar cuando hace el bien, porque se trata del bien. Más tarde, al entrar en el mundo, en donde las cosas no suceden de este modo, en donde se puede hacer el bien sin recibir recompensa, o el mal, sin un castigo, se tendrá un hombre que sólo puede salir bien en el mundo y que será bueno o malo, según encuentre una cosa u otra más o menos ventajosa.

Las máximas deben surgir del hombre mismo. En la cultura moral, se busca inculcar tempranamente en los niños la idea de lo que es bueno y lo que es malo. Si se quiere fundamentar una moralidad, no se debe castigar. La moralidad es algo tan sagrado y sublime que no se la puede arrojar de esta manera y colocarla en el mismo nivel de la disciplina. El

primer propósito de la educación moral consiste en cimentar el **carácter**. Por carácter se entiende la destreza de actuar según máximas. Al comienzo se trata de las normas* del colegio y, más tarde, de las máximas de la humanidad. Al comienzo el niño obedece leyes. Las máximas son también leyes, pero subjetivas; ellas derivan del entendimiento mismo del hombre. No obstante, ninguna transgresión de las leyes de la escuela debe quedar sin castigo, aunque el castigo debe ser proporcionado a la falta.

* Schulmaximen.

Cuando se trata de formar el carácter del niño, es importante que siempre se le muestra, en todas las cosas, un cierto plan, determinadas leyes, que pueda seguir de modo preciso. Así, por ejemplo, se le debe fijar un tiempo para dormir, para trabajar, para divertirse, y una vez establecido, no puede alargarlo ni recortarlo. respecto a cosas indiferentes, se les puede permitir la elección a los niños, siempre y cuando cumplan siempre lo establecido antes como leyes. Sin embargo, no se debe formar el carácter del niño como si fuera un adulto, sino, estrictamente, un carácter infantil.

Los hombres que no se han propuesto ciertas reglas merecen poca confianza; con frecuencia, no admiten razones y nunca se puede saber con certeza hasta dónde se puede confiar en ellos. En verdad, a menudo se censura a la gente que actúa siempre según reglas, como por ejemplo, al hombre que afecta una acción determinada a una hora fija; pero esta censura es injusta con frecuencia, pues la regularidad es una disposición favorable al carácter aún cuando parezca una molestia.

En la formación del carácter del niño, y en particular del escolar, la obediencia tiene prelación sobre todas las cosas. La obediencia es doble: en primer lugar, es acatamiento a la **voluntad absoluta** de quien lo dirige; en segundo lugar, es también una obediencia a una **voluntad reconocida como razonable y buena**. el acatamiento puede derivar de la fuerza, y entonces es **absoluto**, o de la confianza, y entonces es **voluntario**. Esta obediencia voluntaria es muy importante, aunque la absoluta también es muy necesaria, pues con ella se prepara al niño para el cumplimiento de aquellas leyes que como ciudadano deberá obedecer posteriormente, incluso aunque no le satisfagan.

Los niños deben estar sujetos a una cierta ley de la necesidad, pero esta ley debe ser de carácter general, lo cual hay que tener en cuenta, en particular en las escuelas. El profesor no debe mostrar ni excesiva afición entre varios de los niños en general, ni preferencia por un niño en particular. De otro modo, la ley dejaría de ser general. Tan pronto como el niño nota que no todos están sujetos a la misma ley, se vuelve travieso.

Se habla de que a los niños se les debe presentar las obligaciones de tal modo que las cumplan por inclinación. en muchos casos, estos es ciertamente bueno, pero hay muchas otras cosas que se les debe prescribir también como deber. Esto les será, posteriormente, de una muy grande utilidad durante su vida, ya que en los cargos públicos, en los trabajos como funcionarios y en muchos otros casos, en el deber y no la inclinación lo único que nos puede conducir a obrar correctamente. Supongamos que el niño no comprenda la idea de deber: lo mejor entonces es que entienda que tiene deberes como niño, aunque por el momento sea muy difícil que comprenda que también tiene deberes como ser humano. Si él pudiera reconocer esto último, lo que sólo es posible con el transcurso de los años, la obediencia sería aún más perfecta.

Toda transgresión de una orden es una falta de obediencia, y esto implica un castigo para el niño. Pero cuando la transgresión de una orden es por descuido, no es indispensable castigar al niño. El castigo puede ser **físico o moral**.

Se castiga en el sentido **moral** cuando se hiere nuestra inclinación a ser amados y respetados - que son medios de la moralidad-; por ejemplo, al humillar al niño, tratándolo con indiferencia y con frialdad. esta inclinación debe ser controlada hasta donde sea posible. Por esto, es mejor este tipo de sanciones, pues son una ayuda a la moralidad; así, por ejemplo, cuando un niño miente, una mirada de desprecio puede ser un castigo suficiente y la sanción más conveniente.

Los castigos **físicos** consisten, o bien en la negación de lo que el niño desea, o en la aplicación de un castigo. El primer tipo de castigos es similar al castigo moral, y es de carácter negativo. Las otras penas deben ser aplicadas con prudencia, a fin de no generar **índoles servilis***. Tampoco es bueno proporcionar continuamente recompensas a los niños, pues esto los hace interesados y origina en ellos **índoles mercenaria****.

* disposiciones serviles. N. del T.

** disposiciones mercenarias. N. del T.

La obediencia, además, es acatamiento de **niño**, o de **adolescente**. Ciertas transgresiones van acompañadas siempre de un castigo, el cual es, realmente, un castigo **natural**: el que el hombre recibe como consecuencia de su propia conducta; por ejemplo, el niño que enferma por comer demasiado. Este castigo es el más conveniente, pues opera en el hombre durante toda la vida y no solamente en la infancia. Pero también, aquel castigo puede ser **artificial**. La inclinación a ser estimado y querido es un medio seguro de hacer duraderos los castigos corporales. Ahora bien, los castigos físicos sólo deben servir como medio para complementar la insuficiencia de los castigos morales. Si los castigos morales ya no ayudan y se ha pasado a la necesidad de los castigos físicos, se puede estar seguro que ya no se llegará a formar nunca un buen carácter. Sin embargo, al comienzo, la fuerza física debe reparar la falta de reflexión en el niño.

Los castigos que se aplican con señales de ira no producen un buen efecto, pues los niños los interpretan solo como consecuencia de la pasión, y se ven a sí mismos como objetos de esta pasión de alguien. En general, los castigos deben ser siempre aplicados a los niños con cuidado, de modo tal que comprendan que tienen como fin último solamente su mejoramiento. Es necio pretender que el niño agradezca, bese las manos, etc., cuando ha sido castigado, y esto sólo lo convierte en un esclavo. Si se repiten con frecuencia los castigos físicos, los niños se hacen tercos; pero si los padres castigan a sus hijos por egoísmo, los hacen aún más egoístas. No son siempre los peores los más obstinados, sino, los que se rinden con facilidad ante las representaciones bondadosas.

La obediencia del adolescente que está en ciernes es diferente a la del niño. La obediencia consiste propiamente en la sumisión a las reglas del deber. Hacer alguna cosa por deber significa obedecer a la razón. Es un tiempo perdido hablarles a los niños del deber, pues, cuando más, lo entienden solo como algo a cuya transgresión ha de seguir una férula. El niño podría ser conducido solo por sus instintos, pero, tan pronto como crece, la obediencia debe ponerse a su lado. No es aconsejable el empleo del sentimiento de vergüenza en la infancia, sino en la adolescencia, por cuanto este sentimiento solamente puede tener cabida cuando ya ha echado raíces la idea del honor.

Un segundo rasgo principal en la cimentación del carácter del niño es la **veracidad**. Es el rasgo fundamental y más esencial de todo carácter. Un hombre que miente carece de carácter, y si tiene algo bueno en sí proviene apenas de su temperamento. Muchos niños muestran una propensión hacia la mentira, que puede ser atribuida sin embargo, a viveza de la imaginación. Es asunto del padre evitar que sus hijos se habitúen a ella, pues, generalmente, la madre presta atención a cuestiones de ninguna o de muy poca significación, y encuentra en ello una prueba halagüeña de las disposiciones y de las capacidades ventajosas de sus hijos. Aquí es el lugar

de hacer uso de la capacidad de vergüenza, ya que el niño la comprende muy bien en este caso. El rubor de la vergüenza traiciona al mentiroso, aunque no sea siempre prueba de mentira. También se da el sonrojo, por lo común, ante la vergüenza de quien hace cargos injustos en contra nuestra. Bajo ninguna condición se debe tratar de que, mediante castigos, los niños digan la verdad a la fuerza, pues, sus mentiras podrían acarrear también inconvenientes por los que luego habrán de ser castigados posteriormente. La pérdida de la estimación es el único castigo adecuado para la mentira.

Se pueden dividir, igualmente, los castigos en **positivos y negativos**; los segundos se aplican a la pereza o a la falta de moralidad; por ejemplo, a las mentiras, a la falta de complacencia, a la insociabilidad. Los castigos positivos, empero, son válidos con respecto a la indignación maliciosa. Por sobre todas las cosas, hay que guardarse de castigar con cualquier rencor a los niños.

Un tercer rasgo en la formación del carácter de un niño debe ser la **sociabilidad**. El niño debe mantener relaciones de amistad con los demás, y no encerrarse siempre en sí mismo. En verdad, muchos profesores están en contra de esta idea en las escuelas, pero esto es muy injusto. Los niños deben prepararse para el más dulce de los placeres de la vida. Los maestros deben educar a todos los niños, no en razón de sus talentos, sino de sus caracteres, pues de lo contrario, surge envidia en lugar de amistad.

Asimismo los niños deben ser francos y su mirada tan alegre como el sol. Solamente un corazón contento es capaz de sentir placer en el bien. Una religión que haga sombríos a los hombres es falsa, puesto que el hombre debe servir a Dios con corazón alegre y no con temor. Nunca se debe contener la alegría del corazón por causa de las estrictas restricciones de la escuela, pues se la sofoca entonces muy fácilmente. Pero cuando el corazón es libre, renace nuevamente. Para esto sirven determinados juegos en los que se experimenta la libertad y en los cuales el niño se esfuerza por sobresalir y ser mejor que los demás. Entonces, el alma se torna de nuevo serena.

Mucha gente piensa que sus años de juventud habrían sido los mejores y los más agradables de su vida. Pero ello no es así. En realidad, son los años más incómodos, pues se está bajo la sujeción de la disciplina; raramente se puede tener un amigo y todavía más singularmente, disfrutar de la libertad. Ya lo decía Horacio: **multa tulit facitque puer, sudavit et alsit***.

* El niño ya ha soportado mucho y mucho ha hecho: ha sudado y se ha congelado. N. del T.

Los niños deben ser ejercitados solamente en aquellas cosas aptas para su edad. Muchos padres se alegran cuando sus hijos pueden hablar muy precozmente. Pero con niños así, generalmente, no se hace nada. Un niño debe tener sólo la inteligencia de un niño, y no se debe convertir en un imitador ciego. Un niño que ha desarrollado los juicios de sabiduría de los mayores, se encuentra totalmente fuera de su edad y es puro remedo; debe tener sólo la inteligencia de un niño y no insinuarse precozmente. Un niño semejante no llegará a ser jamás un hombre profundo y de entendimiento sereno. Es, igualmente, insoportable cuando un niño vive según la última moda, como, por ejemplo, en el peinado, cuando comienza a llevar sortijas e incluso tabaquera. de esta forma, se torna en un ser afectado, lo que no conviene en nada a un niño. Para una sociedad educada moralmente él es una carga, y el final, carece por completo de

la valentía de un hombre. Precisamente por eso, hay que luchar desde temprano, en contra de la vanidad, o más propiamente, no darle la ocasión para que se vuelva vano. Esto es lo que sucede cuando se le dice desde la primera infancia cuán hermoso es, cómo le favorece éste o aquél atavío, o cuando se le proporcionan estas cosas o se las promete como recompensa. Los adornos no son buenos para los niños, y, sólo como una necesidad deben conservar sus vestidos limpios y correctos. Pero los padres tampoco deben fijarle un precio a estas cosas, como tampoco mirarse al espejo delante de los niños, pues en esto, como en todo, el ejemplo es todopoderoso y fortifica o destruye las buenas enseñanzas.

DE LA EDUCACIÓN PRACTICA

A la educación práctica pertenecen: primero, la habilidad; segundo, la prudencia; tercero, la moralidad. En cuanto a la **habilidad**, se debe cuidar que sea sólida u no superficial. No se debe tener la apariencia de conocer las cosas que después no se puedan llevar a cabo. la solidez debe fundamentarse en la destreza y paulatinamente convertirse en una costumbre del modo de pensar. Ella configura lo más esencial en el carácter de un hombre. La destreza es parte indispensable del talento.

En cuanto a la **prudencia**, consiste en el arte de conducir al hombre a la destreza, es decir, de saber cómo pueda servirse de los hombres para su propia finalidad. Para lograrlo, son necesarios varios factores. Propiamente hablando, sería el último punto por considerarse en el hombre, pero por su valor, la prudencia ocupa el segundo lugar en importancia.

Para que el niño deba confiar en la prudencia, es necesario que se torne reservado e impenetrable, y que, sin embargo, sepa examinar a fondo a los demás; debe saber disimular, principalmente, en relación con algunos aspectos de su carácter. El arte relacionado con la apariencia externa es la gentileza, y es un arte que se debe poseer. De esto también forma parte el disimulo, es decir, la atenuación de los propios defectos así como de aquella apariencia exterior. El disimulo no es siempre un simple aparentar y es permisible en ocasiones, pero sí se encuentra cercano a la hipocresía. El disimulo en un medio desesperado. Igualmente, pertenece a la prudencia el cuidado de no encolerizarse, sin que por eso se sea un modo alguno indiferente. Más aún, ser valiente es por aquella que encuentra placer en el querer, querer del cual forma parte la moderación de las afecciones. La prudencia existe para el temperamento.

La **moralidad** concierne al carácter. **Sustine et abstine*** es la preparación a una sabia moderación. Si se desea formar un buen carácter, se debe ante todo eliminar las pasiones. El hombre debe prevenir que sus inclinaciones se conviertan en pasiones, y debe aprender a privarse de algo si le ha sido vedado. **Sustine** significa: ¡Tolera y acostúmbrate a soportar!

Se requiere de ánimo y voluntad si se quiere aprender a carecer de algo. Debemos acostumbrarnos a las negativas, a las oposiciones, etc.

La simpatía forma parte del temperamento. se debe prevenir a los niños en contra de ganarse a los demás entrometiéndose con ostentación y zalamería. La simpatía, realmente es sensibilidad, y le conviene solamente a un carácter sensible. Más aún, la sensibilidad es diferente de la compasión, que es un sentimiento ** que consiste, simplemente, en dolerse de algo. Se les debería dar dinero a los niños para gastos menudos a fin de que pudieran ayudar a los compadecientes, y de este modo se pueda comprobar hasta qué punto son compasivos, pues si siempre son generosos sólo con el dinero de sus padres, entonces no se ha logrado lo propuesto.

La sentencia: **festina lente***** indica que un actividad es continua, por medio de la cual el hombre debe apresurarse con el propósito de aprender muchas cosas, es decir, **festina**. Pero también se debe aprender con fundamentos, y por consiguientes, aprovechar para ello, el máximo, el tiempo, esto es, **lente**. se trata ahora de saber cuál de las dos es preferible: si tener un gran manejo de los conocimientos, o bien, un manejo más reducido, pero bien fundamentado. Es mejor saber poco y bien cimentado, que mucho y en forma superficial; además, en este último caso siempre es notoria la poca profundidad de lo sabido. Sin embargo, el niño ignora en qué circunstancias futuras puede tener necesidad de éste o aquél conocimientos, de aquí que lo mejor es que sepa de todo alguna cosa, pero con fundamento; en caso contrario, tan solo engañará y deslumbrará a los demás con conocimientos aprendidos de manera superficial.

* Soporta y abstente. N. del T.

** **Ubel**

*** Apresúrate con calma. N. del T.

Lo más importante es la cimentación del **carácter**. Este consiste en tener propósitos firmes de realizar algo, y luego también, en la ejecución real de eso deseado. **Vir propositi tenax***, dijo Horacio, ¡y éste es un buen carácter! Si, por ejemplo, ha prometido algo a alguna persona, debo mantener mi promesa, independientemente de los inconvenientes que me pueda traer, pues un hombre que se propone un objetivo y no lo lleva a cabo, no puede confiar en sí mismo. En el caso, por ejemplo, de alguien que se propone levantarse todos los días temprano para estudiar, o para hacer cualquier otra cosa, o para salir a pasear, y luego se excusa ante sí de hacerlo, porque en primavera las mañanas están todavía frías y podría hacerle daño, y aplaza de este modo de su propósito día a día, hasta que, finalmente, pierde la confianza en sí mismo.

* Un hombre firme en sus propósitos. N. del T.

Sin embargo, debe ser excluido de propósitos similares todo aquello que es contrario a la moral. El carácter en un hombre malo es muy nocivo, y aquí se lo llama obstinación, aún cuando nos agrade la constancia para el cumplimiento de un propósito, pues sería ciertamente algo muy bueno si dicho hombre de carácter se mostrara como estando en el bien.

No cabe esperar mucho de quien continuamente pospone la ejecución de sus propósitos; las llamadas futuras conversaciones son de este tipo. En efecto, el hombre que ha vivido siempre en el vicio y que quiere convertirse en un instante, muy difícilmente lo puede lograr, y se requeriría un milagro a fin de que llegara a ser como quien ha obrado bien toda su vida y siempre ha pensado rectamente. Tampoco son útiles aquí peregrinajes, mortificaciones y ayunos, pues no se ve en qué forma podrían contribuir estas peregrinaciones y costumbres a trocar un vicioso en un hombre lleno de virtudes.

¿Qué se gana en cuanto a la rectitud y mejoramiento si se ayuna de día para comer más todavía de noche, o de infligir a su cuerpo una expiación sin que eso contribuya en nada en la transformación del espíritu?

A fin de cimentar en los niños un carácter moral, se deben tener en cuenta las siguientes recomendaciones:

Hasta donde sea posible, se debe presentar a los niños los deberes que debe cumplir, mediante ejemplos y actitud. Los deberes que el niño debe cumplir son por el momento las obligaciones habituales para consigo mismo y para con los demás. Por consiguiente, estos deberes deben ser impuestos por la naturaleza misma de las cosas. Pasamos a considerarlos más detalladamente:

- a) **Los deberes para consigo mismo** - Estos no consisten en hacer a una vestimenta magnífica o en tener espléndidas comidas, etc., aún cuando la presentación personal debe ser pulcra y aseada; ni en buscar la satisfacción de sus apetitos e inclinaciones, sino por el contrario, en ser muy moderados y sobrios. Los verdaderos deberes radican en que el hombre conserve en su interior una cierta dignidad que lo ennoblezca ante todas las demás criaturas: el deber del hombre consiste en reconocer en su propia persona la dignidad de la humanidad.

Así, pues, desconocemos la dignidad de la humanidad cuando, por ejemplo, nos entregamos a la bebida, cuando nos libramos a falta contra la naturaleza, o cuando cometemos cualquier tipo de exceso, etc., todo lo cual coloca al hombre bien por debajo de los animales. De igual manera, cuando un hombre se conduce en forma humillante hacia los demás, cuando obsequia siempre cumplidos a los otros con el objeto de captar su ánimo, como él supone erróneamente, a través de un comportamiento tan digno que invita también su desconocimiento de la dignidad de la especie humana*.

* **Menscheit.**

La dignidad del hombre debe hacérsele observar al niño en sí mismo; por ejemplo, en el caso del deseo personal que es, por decirlo menos, también indecoroso para la humanidad. El niño se puede rebajar de la dignidad de la especie humana, también de un modo real, con las mentiras, pues mentir supone ya la facultad de pensar y poder comunicar pensamientos a los demás. La mentira hace del hombre un objeto del desprecio general y es un medio de robarse a sí mismo el aspecto y la confianza que todos nos debemos a nosotros mismo.

- b) **Los deberes para con los demás** - La veneración y el respeto debidos a los derechos de los demás deben ser enseñados a los niños desde muy pronto y se debe tener mucho cuidado de que los ponga en cumplimiento; por ejemplo, si un niño se encuentra un niño pobre en su camino lo empuja con soberbia o le propina un golpe, etc., no se le debe decir simplemente: "¡No hagas eso, eso le causa dolor al otro niño! Sé compasivo, es un niño pobre", etc., si no se lo debe tratar a él también en la misma forma, soberbia y sensible, puesto que su conducta fue contraria a los derechos de la humanidad. No obstante, los niños no son en absoluto generosos. Esto se puede ver, por ejemplo, cuando a los padres ordenan a sus hijos compartir la mitad de su pan sin que se les prometa darles más: o no lo hacen o lo hacen muy ocasionalmente y de mala gana. tampoco es posible hacer muy generosos a los niños puesto que todavía no disponen de nada en su dominio.

Muchos pedagogos como Crugott han pasado por alto completamente, o han enseñado falsamente la parte de la moral que contiene la doctrina de los deberes para consigo mismo. El deber para consigo mismo consiste, como ya se ha dicho, en que el hombre preserve en su propia persona la dignidad del género humano. El hombre tiene de esta idea un modelo original con el cual se compara. Cuando pasan los años y que la inclinación por el sexo empieza a despertarse en los jóvenes, llega el momento crítico en que solamente la idea de la dignidad de

la humanidad es capaz de contener al joven en sus límites; sin embargo, se lo debe aconsejar a tiempo sobre los peligros y cuidados que se les van presentando.

Nuestras escuela carecen, sin excepción, de algo que debería promoverse bastante en la recta formación del niño, a saber, de un catecismo del derecho. este debería presentar los casos, en forma sencilla, de situaciones de la vida cotidiana, y que planteará siempre la pregunta: ¿es o no ésto correcto? Por ejemplo, si alguien tiene y debe pagar a su acreedor el dinero que le adeuda y, conmovido por la mirada de un desdichado, le entrega esa suma que le corresponde pagar, ¿es o no correcto? ¡No!, no es correcto, pues se debe estar libre de toda deuda antes de hacer un beneficio. Entregar el dinero a los pobres, es una obra meritoria; pero pagar una deuda, es una acto obligatorio. Por otra parte, ¿es permisible una mentira por necesidad? ¡No! No es posible un solo caso que merezca una disculpa para mentir, y jamás debe mentirse, por lo menos delante de los niños, ya que, de lo contrario, ellos tomarían semejantes pequeñeces por una necesidad y se permitirían mentir entonces con frecuencia. Si existiera un libro de este género, se podría con mucho provecho de dictar una hora diaria para que los niños conocieran los derechos del hombre*, este reflejo de Dios en la tierra, y aprendieran a llevarlos inscritos en sus corazones.

* Das Recht der Menschen

En cuanto hace a la obligación de hacer el bien, se trata solo de una obligación imperfecta. No se debe ablandar el corazón de los niño de modo tal que se afecto por el destino de los demás, sino, debe hacérselo más valiente. El niño no debe rebotar de sentimiento, sino de la idea del deber. Relamente, muchas personas se han vuelto duros de corazón debido a que, habiendo sido antes compasivas, fueron posteriormente engañadas. Es inútil querer hacer comprender a un niño el aspecto meritorio de las acciones. Los clérigos se equivocan muy frecuentemente en presentar las acciones buenas como algo meritorio. Tenemos que aceptar que, respecto a Dios, no podemos hacer nada distinto a cumplir nuestras obligaciones, y entre estas se encuentra al hacer el bien a los pobres, la desigualdad del bienestar entre los hombres no procede más que de circunstancia ocasionales. Por lo tanto, si poseo fortuna, se la debo solamente al azar de las circunstancias que me han sido favorables a mí o a mis antepasados, y otro tanto podría decirse de todas las circunstancias que me rodean y de las que yo formo parte.

Se excita la envidia del niño si se le advierte que se valore a sí mismo a partir de los valores de los demás. Por el contrario, él debe estimarse según las ideas de su propia razón. Así, la humildad no consiste en otra cosa que en la comparación del propio valor con el ideal de la perfección moral. De tal suerte, por ejemplo, la religión cristiana enseña no tanto la humildad, sino que hace a los hombres más humildes obligándolos a compararse con el modelo soberano de la perfección. Es completamente absurdo hacer consistir la humildad de estimarse inferior a los demás. "¡Mira cómo se comporta éste o aquél niño!", etc. Una observación semejante sólo produce un modo de pensamiento muy poco noble. Cuando el hombre estima sus valores a partir de los valores ajenos, busca o bien sobresalir entre los demás, o disminuirles su valor. Esto último constituye la envidia. Entonces, no se busca otra cosa que resaltar los defectos de los demás, ya que si no los tuviera, no podríamos compararnos con ello, y no seríamos los mejores. El espíritu de emulación mal aplicado no produce más que la envidia. El único caso en el que la emulación podría ser útil, sería solamente aquel en el que se quisiera persuadir a alguien de la conveniencia de una cosa; por ejemplo, cuando se exige al niño una determinada tarea y se le muestra que los demás sí han podido llevarla a cabo.

No se debe permitir en modo alguno que en niño humille a otros. Se debe evitar toda clase de orgullo fundado en circunstancias ajenas a la voluntad, pero, al mismo tiempo, se debe buscar cimentar en los niños la sinceridad, pues ella constituye una confianza modesta en sí mismos y

con su ayuda, el hombre se encuentra en posición de mostrar sus talentos de un modo conveniente. Debemos diferenciar bien la sinceridad de la impertinencia, que consiste en la indiferencia al juzgar a los demás.

Todos los deseos* del hombre son formales (libertad y poder), materiales (relativos a un objeto), es decir, son deseos de la ilusión o del placer; o bien, finalmente, deseos que se refieren a la simple duración de ambos, como elementos de la felicidad.

Los deseos de la primera especie son: la ambición, la tiranía y la codicia; los de la segunda, son la sexualidad (voluptuosidad), el deseo de posesión** (de la vida cómoda***) o de la sociedad (gusto por la vida social. Finalmente, los deseos de la tercera especie son el amor a la vida, a la salud, a la tranquilidad (el deseo de estar libre de preocupaciones en el futuro).

* Begierde

** Der Sache

*** Wohlleben

Por su parte, los vicios son: el de la malicia, de la bajeza o de la estrechez de espíritu. A los vicios de la primera especie pertenecen la envidia, la ingratitud y la alegría producida por la desgracia ajena; a los de la segunda, la injusticia, la infidelidad (falsedad), el desorden, tanto en la dilapidación de los bienes, como en la de la salud (la inmoderación) y la del honor. Los vicios de la tercera especie son la falta de cariño, la mezquindad y la pereza (el abandono).

Las virtudes son o bien virtudes por **mérito**, o bien simplemente por **obligación**, o por **inocencia**. A las primeras pertenecen la grandeza de espíritu (que consiste en la propia superación, tanto de los deseos de venganza, como la de comidad y de codicia), la beneficencia y el autodomínio; a la segunda, la lealtad, la honestidad y la apacibilidad del ánimo; a la tercera, finalmente, la honradez, la decencia y la modestia.

¿Es el hombre bueno o malo por naturaleza? Ni lo uno ni lo otro, pues el hombre no es en modo alguno un ser moral por naturaleza, el hombre no llega a ser moral sino sólo cuando eleva su razón a las ideas de deber y de ley. Sin embargo, puede decirse que hay en él, originalmente, inclinaciones hacia todos los vicios, pues tiene tendencias e instintos que lo incitan hacia ellos, aún cuando la razón lo dirige en sentido opuesto. El hombre sólo puede llegar a ser moral a través de la virtud, esto es, mediante una autoviolencia, no obstante que por sus inclinaciones pueda ser inocente de sus actos.

Los vicios surgen en su mayoría porque el estado de civilización ejerce una violencia sobre la naturaleza, y, por consiguiente, nuestro destino como hombres consiste en salir del estado natural de salvajismo en el que nos encontramos aún como animales. **El arte perfecto retorna a la naturaleza.**

En la educación, todo estriba en que se establezcan siempre principios rectos y se les hagan comprensibles y aceptables a los niños. Estos, en lugar de odiar a otros, deben aprender a detestar lo que les es irritante y absurdo; en lugar de temer al desprecio de los hombres o los castigos divinos, deben sentir aversión interna; en lugar de la opinión de los hombres, deben colocar su auto-estimación y los valores interiores; en lugar de actuar movidos por palabras o por reacciones temperamentales, hacerlo por el valor interno de la acción y del actuar; preferir el

entendimiento en el lugar del sentimiento, y, la alegría y la piedad con buen ánimo y gusto en cambio de una devoción quejumbrosa, pusilánime y sombría.

sin embargo, antes que todo, debemos proteger a los niños de que aprecien excesivamente los méritos de la fortuna (**merita fortuna**).

En cuanto a la relación de la educación de los niños con la religión, el primer interrogante es el de saber si es posible inculcar desde temprana edad las ideas religiosas. Las ideas religiosas presuponen siempre alguna teología. ¿Debería inculcarse en los jóvenes una teología, cuando lejos de conocer el mundo, todavía no se conocen a sí mismos? La juventud, ¿se halla en capacidad de comprender un deber inmediato para con Dios, cuando todavía no conoce lo que es el deber? Lo que sí es cierto es que, en el caso de que los niños no fueran testigos de ningún acto de veneración del Ser Supremo, y que incluso nunca hubiera escuchado el nombre de Dios, estarían en conformidad con el orden de las cosas en dirigir primero su atención hacia los fines que convienen al hombre, en agudizar en ellos su facultad de juzgar, enseñarles algo acerca del orden y la belleza de las obras de la naturaleza, y luego sí, añadir un conocimiento más amplio todavía sobre el sistema del mundo, y comenzar con la idea de un Ser Supremo, de un legislador. Pero como esto no es posible en la situación actual y, como en efecto, ellos no han escuchado el nombre de Dios, no han sido testigos de las llamadas demostraciones de devoción para con El, si se les quiere enseñar algo acerca de Dios, resultaría de ello, o una indiferencia respecto a El, o ideas absurdas como, por ejemplo, el temor al poder divino. Mas como se debe evitar que la idea de temor anide en la fantasía de los niños, es preciso introducir en ellos, tempranamente, ideas religiosas para evitarlo. Sin embargo, esto no debe lograrse por medio de la memoria, por simple imitación o por puro acto de remedo, sino, por un camino siempre apropiado a la naturaleza. De este modo, los niños comprenderán, sin tener ninguna idea abstracta del deber, de la obligación o de la buena o mala conducta, que hay una ley del deber; que no son el bienestar, la utilidad ni otras consideraciones similares las que los determina, sino algo universal que trasciende los caprichos de los hombres. Incluso el maestro mismo debe hacerse a esta idea.

Ante todo, se debe atribuir todo a la naturaleza y luego ésta mismo a Dios, puesto que es el caso que todo ha sido dispuesto inicialmente para la conservación de las especies y de su equilibrio, pero, al mismo tiempo, para beneficio del hombre, de manera que pueda labrarse él mismo su propia dicha.

La mejor manera como se podría presentar claramente la idea de Dios sería por analogía con el padre, bajo cuyos cuidados nos encontramos, y de esta forma es posible concebir la unidad de los hombres como miembros de una familia.

Pero, ¿qué es, pues, la religión? La religión es la ley en nosotros, en tanto que recibe su capacidad de influencia sobre nosotros por parte de un Legislador y de un Juez; la religión es la moral aplicada al conocimiento de Dios. Si no se asocia la religión con la moralidad, aquélla queda como pura solicitud de favores divinos. Las alabanzas, las oraciones, la frecuentación de las iglesias sólo deben darle al hombre nuevas fuerzas, nuevos ánimos para su mejoramiento, y no deben ser más que la expresión de una representación del deber en un corazón animoso. Solo son preparaciones para buenas obras, pero no las obras buenas mismas; no se puede ser grato al Ser Supremo más que haciéndose mejor.

En primer lugar, hay que comenzar aquí con la enseñanza de la ley que el niño tiene en sí. El hombre se hace despreciable ante sí mismo cuando incurre en el vicio. Este desprecio está fundamentado en sí mismo, y no lo es porque Dios haya prohibido el mal, pues no es necesario que el Legislador sea al mismo tiempo el autor de la ley. Así, un príncipe puede prohibir en su

país el hurto, sin que por ello pueda ser considerado como el autor de la prohibición del robo. De este modo, se enseña al hombre a reconocer que su buen comportamiento es el único que puede hacerlo digno de la felicidad. La ley divina debe aparecer también como ley natural, pues no es voluntaria. Así pues, la religión forma parte de toda moralidad.

No obstante, esta instrucción no debe comenzar por la teología. La religión, que ha sido construida sobre la teología, nunca puede contener nada moral. Mediante ella, no se tendrá más que temores, por un lado, y finalidades afanosas de recompensa y sentimiento, por el otro, lo que apenas puede producir un culto supersticioso. Por consiguiente, es necesario que la moralidad preceda, y la teología la siga: y esto es lo que se llama religión.

La ley en nosotros se denomina **conciencia**. La ley es propiamente la adaptación de nuestras acciones a esta misma ley. Los reproches de la conciencia quedarán sin efecto si no se los piensa como representantes de Dios, quien ha erigido sobre nosotros su sublime pedestal, pero quien también ha establecido dentro de nosotros un tribunal. Cuando la religión no se halla asociada a la conciencia moral, ella queda sin ningún efecto. La religión sin conciencia moral es un servicio supersticioso. Más también se puede querer servir a Dios cuando se lo alaba, cuando se pondera su poder y su sabiduría, sin pensar en cómo cumplir las leyes divinas, sin conocer su sabiduría y poder, etc., y sin estudiarlas. Las alabanzas son un opio para las conciencias de gente semejante y una almohada sobre la cual pueden dormir tranquilamente.

Los niños no pueden comprender todos los conceptos religiosos, y sin embargo, hay algunos que les deben ser inculcados; sólo que éstos deben ser más negativos que positivos. Hacer aprender fórmulas a los niños no les sirve de nada y sólo introduce ideas absurdas sobre la piedad. La verdadera forma de honrar a Dios consiste en actuar de acuerdo con la voluntad divina, y esto es lo que se les debe enseñar a los niños. Se debe evitar que los niños, de la misma manera que nosotros, profanen con frecuencia el nombre de Dios. Cuando por deseos de felicidad lo nombramos con una intención piadosa, incurrimos también en una profanación. La idea de Dios debería penetrar con reverencia en el hombre cada vez que pronunciara su nombre, y debería utilizarlo sólo ocasionalmente y nunca de un modo ligero. El niño debe aprender a sentir veneración por Dios, primero como señor de la vida y del mundo entero, luego como protector de los hombres, y finalmente, como el juez de los mismos. Se dice que **Newton**, siempre que pronunciaba el nombre de Dios, tenía un momento de recogimiento y reflexión.

Presentándole conjuntamente las ideas de Dios y el deber, el niño entiende mucho mejor la preocupación divina por las creaturas, y se lo previene contra la propensión a la destrucción y a la crueldad que se expresan en el tormento a los animales pequeños. Al mismo tiempo, se debería enseñar a los jóvenes a descubrir el bien en el mal. Por ejemplo, indicándoles cómo, entre los animales, los insectos son modelos de limpieza y aplicación; ellos sirven de ejemplo a los hombres malvados en el respeto por la ley; hay aves que destruyen gusanos e insectos, y sin embargo al hacerlo protegen los jardines, etc.

Se debe inculcar en los niños, igualmente, algunas ideas acerca del Ser Supremo, de forma tal que puedan saber por qué alguien está orando y a quién, etc. Sin embargo, estas ideas deben ser pocas en número y, como ya se ha dicho antes, solamente negativas. No obstante, se les debe inculcar desde muy pronto a estimar a los hombres principalmente por su observancia religiosa, pues, a pesar de la diversidad de religiones, existe siempre una unidad de las religiones.

Queremos aquí, como conclusión, introducir algunas observaciones que deben tenerse en cuenta principalmente para los niños que entran en la adolescencia. El adolescente comienza en esta época a elaborar ciertas diferencias que antes no realizaban. **En primer lugar**, está la diferencia de los **sexos**. La naturaleza ha extendido aquí un cierto velo de misterio, como si esta fuera una cuestión no del todo decente para el hombre y sólo una simple necesidad animal. Pero la naturaleza ha buscado unificar la ocasión de esta diferencia con toda la moralidad posible. Incluso las naciones salvajes se comportan al respecto con una especie de pudor y recato. A veces, los niños plantean a los adultos preguntas curiosas a este respecto, como por ejemplo, cómo vienen los niños. pero es posible librarse fácilmente cuando se les dan respuestas no del todo racionales y que no quieren decir nada, o cuando se les responde que son preguntas de niños.

El desarrollo de estas inclinaciones en la adolescencia es mecánico, y opera al respecto como en todos los instintos que se desarrollan en ella, sin conocimiento de ningún objeto. Por tanto, es imposible conservar aquí al adolescente en la ignorancia y en la inocencia que está ligada con ella. Con el silencio no se hace más que empeorar el mal. Esto se puede apreciar en la educación de nuestros antepasados en contraste con la educación de los tiempos recientes, donde se admite con razón que se debe hablar con los adolescentes de manera franca, clara y precisa. Este es, sin duda, un punto delicado puesto que no se lo acepta como objeto de una conversación pública, pero todo ha de resultar bien si se le habla al respecto de un modo serio y digno, y si nos adentramos en sus inclinaciones.

Los trece y catorce años comúnmente la época en la que se desarrolla en los adolescentes la inclinación hacia el sexo (cuando esto sucede antes es porque se ha inducido a los niños y se los ha echado a perder con malos ejemplos). En esta edad, su capacidad de juicio ya se ha formado y la naturaleza ha preparado también el momento en el que se puede hablar con ellos sobre este tema.

Nada debilita el espíritu y el cuerpo del hombre tanto como la sensualidad que es dirigida hacia sí mismo, pues choca por completo contra la naturaleza del hombre. Pero tampoco se debe ocultar esta sensualidad al adolescente. Se la debe presentar en toda su fealdad, y decirle que no debe hacérsela inútil para la procreación de la especie; que todas las fuerzas físicas se echan a perder generalmente cuando se incurre en ella a una temprana edad, con lo cual el espíritu sufre mucho, etc.

Es posible salvarse de dichas incitaciones mediante una ocupación permanente que evite dedicar más tiempo al sueño y a la cama del que es necesario. Los pensamientos deben originarse en aquellas ocupaciones permanentes de los sentidos, pues cuando el objeto permanece simplemente en la imaginación, corre las fuerzas mismas de la vida. Si se dirige la propia inclinación hacia el otro sexo, no siempre se encuentra una resistencia, pero si se la orienta hacia sí mismo, se la puede liberar en cada momento. La pasión física es nociva en extremos, pero las consecuencias, desde el punto de vista de la moralidad, son todavía peores. En esta edad se exceden los límites de la naturaleza y se desenfrena la inclinación sin ningún impedimento, puesto que no tiene lugar una satisfacción real. Los profesores de adolescentes mayores han planteado el interrogante acerca de si se debe permitir que entre en contacto un adolescente con otro del sexo opuesto. Si alguno de los dos han tenido que elegir este camino, ciertamente es el mejor. Con aquello otro, actuaba contra la naturaleza, pero aquí no. La naturaleza lo han destinado a conformar una pareja tan pronto como ha alcanzado la mayoría de edad, y a procrear su especie; sin embargo, las necesidades de las cuales requiere el hombre en un estado culto, hacen que él no siempre pueda educar a sus hijos. Así, pues, lo mejor es, y en verdad es su deber, que el adolescente espere hasta que se halle en capacidad de casarse

ordenadamente. De este modo, actúa no solamente como un buen hombre, sino también, como un buen ciudadano.

Es preciso que el adolescente aprenda desde temprana edad a manifestar por el otro sexo un comedido respeto, y a ganar por su parte, mediante una actividad libre de vicios, el mismo respecto, y, con ello, a aspirar al elevado premio de un feliz matrimonio.

Una **segunda distinción** que el adolescente comienza a establecer en el momento en que entra en sociedad es el conocimiento de la diferencia de las posiciones y la **desigualdad** de los hombres. Como niño, no se le debe permitir en modo alguno que observe esta diferencia. Incluso, no se le debe permitir ni siquiera que ordene a los domésticos, pero si observa que los padres ordenan al servicio doméstico, se le puede decir en todo caso: "Nosotros les damos pan, y es por esto que ellos nos obedecen. Como tú no haces eso, entonces ellos pueden no obedecerte". Los niños no saben nada sobre esta desigualdad si los padres mismos no les inculcan esta idea. Se les debe indicar a los adolescentes que la diferencia ente los hombre es una disposición que se ha originado porque un hombre ha buscado tener más beneficios sobre los demás, y se les puede enseñar, también, poco a poco, la conciencia de la igualdad de los hombres en la desigualdad civil.

Se debe hacer comprender al adolescente que la estimación por sí mismo debe ser absoluta y no a partir de los demás. La estimación de los demás, allí donde no se dan en modo alguno los valores humanos, es pura vanidad. Además, se le debe enseñar con todo esmero a obrar siempre con plena conciencia de todas las cosas, y a esforzarse no solamente por parecer, sino por ser. Debemos hacerle tener en cuenta que, bajo ninguna circunstancia, una vez que se ha fijado un propósito, se convierta en un propósito vacío, en cuyo caso es preferible no hacer ninguno y dejar las cosas en suspenso*. Enséñesele la modestia ante las circunstancias exteriores y la tolerancia en los trabajos: **sustine et abstine**, pero que aprenda también la sobriedad en las diversiones. Cuando no se anhelan solamente placeres, sino, se quiere también ser paciente en el trabajo, se llega a ser un miembro útil para la comunidad y se pone a salvo a sí mismo del aburrimiento.

* Im Zweifel

Por lo demás, se les debe demostrar alegría y buen humor a los adolescentes. La alegría del corazón surge de una conciencia sin reproches; del equilibrio en el temperamento. Mediante práctica, se los puede disponer siempre a participar con buen ánimo en la sociedad.

Debemos acostumbrarnos a reconocer muchas cosas como deberes. Toda acción debe tener valor para mí, no porque corresponda a mis inclinaciones, sino, porque con ella cumplo con mi deber.

Debemos desarrollar el amor hacia los hombres y luego, también, sentimientos en sentido cosmopolita. Hay en nuestro espíritu algo que hace que tomemos interés por: primero, nosotros mismos; segundo, los demás, con los cuales hemos crecido, y, debemos luego, tercero, interesarnos por el bien del mundo. Debemos hacer conocer a los niños estos intereses, con el fin de que puedan también encender su espíritu con ellos. Debemos lograr que puedan sentir alegría ante la idea de un mundo mejor, aún cuando éste no sea para provecho directo de su propio país o de sí mismos.

Debemos inculcarle que fije un valor mínimo a toda clase de deleites mundanos. Luego, el temor infantil ante la muerte queda también suprimido. Debemos hacerle ver que el placer no da todo lo que en apariencia promete.

Finalmente, debemos indicarles la necesidad de que realicen cada día un balance consigo mismo, con el objeto de que al final de sus vidas puedan elaborar un cálculo aproximativo en relación con el valor de su vida entera.

***Este libro se terminó de imprimir
en el mes de octubre de 1985
Talles Ediciones Rosaristas***

NOVA ET VETERA